CUADERNOS historia 16

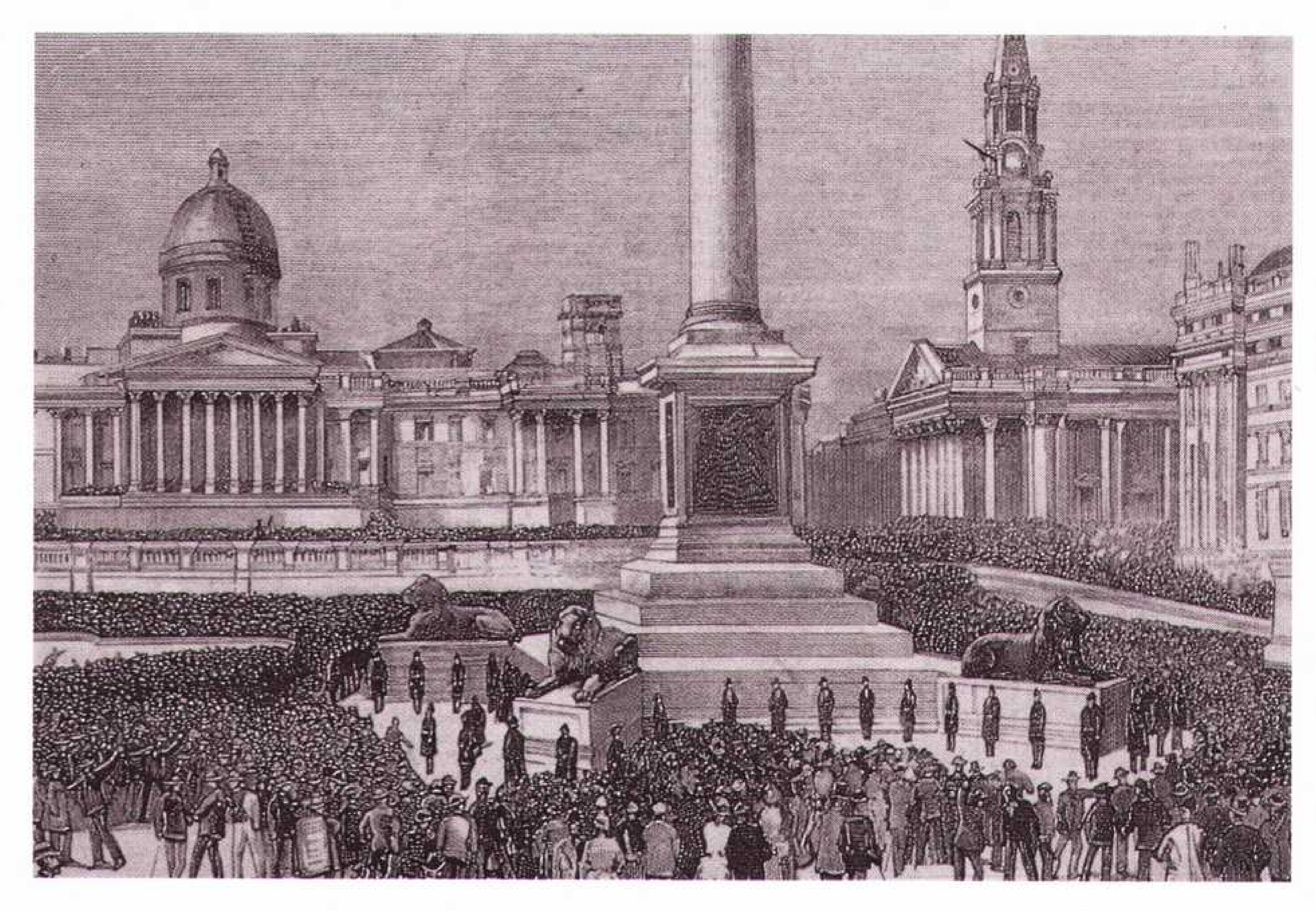
La Segunda Internacional

M. Pérez Ledesma, A. Robles y M. Tuñón



297

250 ptas



Mitin obrero en la plaza de Trafalgar, Londres, a finales del siglo pasado (grabado de La Ilustración Española y Americana*)*

Indice

LA SEGUNDA INTERNACIONAL

COINCIDIENDO con el I Centenario de la Revolución francesa, en julio de 1889 dos congresos celebrados en París sentaron las bases para la reconstrucción de la unidad del movimiento obrero, perdida tras la quiebra de la AIT. Comenzaba la andadura de la II Internacional, cuyo período histórico *hasta el estallido de la Gran Guerra, en 1914, recuerdan hoy los artículos de este* Cuaderno. *En el primero, Manuel Pérez Ledesma analiza los condicionantes y la evolución de ese organismo unitario; en el segundo, Manuel Robles Egea estudia el conflicto ideológico y la práctica política de uno de los partidos de mayor incidencia en la Internacional: la Socialdemocracia alemana; por último, Manuel Tuñón de Lara pone de relieve el proceso de acercamiento y la colaboración de un significativo grupo de intelectuales con el PSOE durante esa misma etapa.*

La reconstrucción de la Internacional Obrera

Por Manuel Pérez Ledesma
Catedrático de Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid

NO está del todo claro, a pesar del afán de los historiadores por poner fechas a las efemérides, que se deba situar en 1889 —y por tanto celebrar en este año el centenario— la fecha de fundación de la llamada con posterioridad Segunda Internacional. Al menos, no lo estaba para quienes aparecen en los textos como los fundadores de la misma.


Es verdad que, aprovechando la celebración de los cien años de la Revolución Francesa se reunieron en París dos congresos rivales, convocado uno por los seguidores de Jules Guesde y otro por los posibilistas franceses, y entre los que los delegados circulaban en desorden y sin saber bien a qué atenerse. Pero también es cierto que ya en años anteriores y tras la disolución de la Asociación Internacional de Trabajadores se habían reunido otros congresos similares en Berna (1886), en la localidad suiza de Coire (1881) o en el propio París (1883), en todos los cuales se ponía de manifiesto el deseo de reconstruir la Internacional aunque no se llegase a ninguna fórmula concreta para convertir en realidad esta aspiración. Y sobre todo, el testimonio más claro de la escasa conciencia de que se había creado en 1889 una nueva organización de trabajadores se encuentra en el hecho de que el patriarca del movimiento socialista europeo tras la muerte de Marx, Federico Engels, aún en 1891 se oponía a la reconstrucción de la Internacional por las consecuencias negativas que a su juicio podría traer consigo el intento. En una carta a Lafargue, redactada en vísperas de la reunión del Congreso Socialista Internacional de Bruselas de ese año, Engels se enfrentaba a *las diversas veleidades de reconstruir la Internacional,* con el argumento de que tal tentativa *provocaría nuevas escisiones,* como las que dieron al traste con la AIT, para concluir con unas expresiones lapidarias: *Es un absurdo por todos los lados, sobre todo mientras no haya en Francia y en Inglaterra un partido fuerte y unido. Si tal cosa ocurriera, y si los franceses y los ingleses se unieran de corazón y alma con los alemanes, el objetivo se alcanzaría sin necesidad de una unión formal* (...). *Pero mientras eso sea imposible, toda tentativa de reconstruir la Internacional daría a una de las pequeñas naciones, probablemente a Bélgica, una preeminencia no merecida, y todo acabaría en querellas. En realidad, el movimiento es demasiado grande, demasiado vasto para quedar trabado por unos lazos* (de una organización formal).

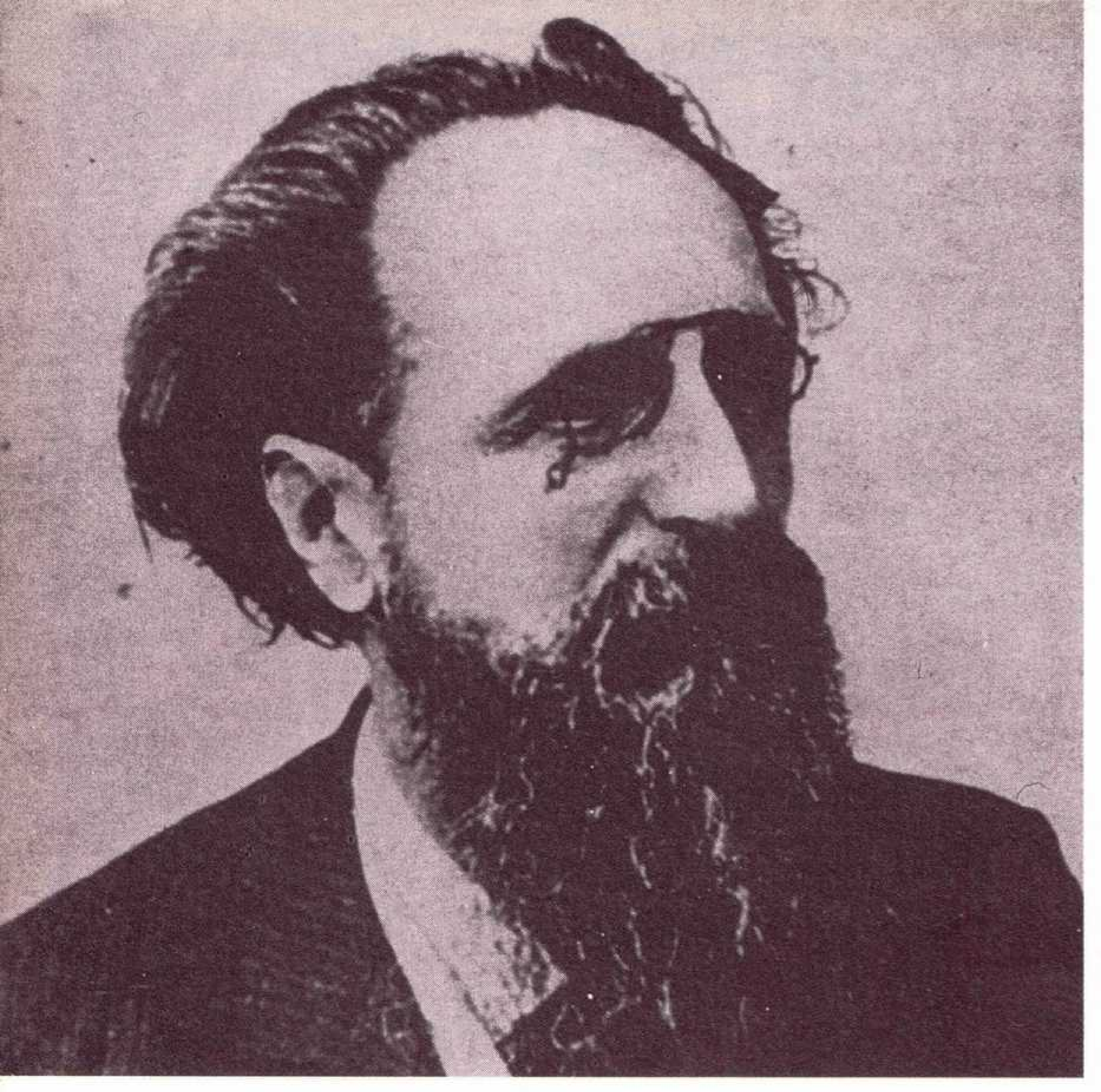
La necesaria colaboración

De alguna forma, Engels expresaba una convicción compartida por amplios sectores que más tarde se integraron en la II Internacional. Era evidente para ellos que las distintas organizaciones obreras nacionales necesitaban colaborar entre sí en múltiples actividades, e incluso mantener frecuentes contactos; pero todo intento de superar este nivel podría traer consigo más inconvenientes que ventajas, como había demostrado, recientemente, el enfrentamiento de los discípulos de Marx (*autoritarios, centralistas,* según las críticas de sus contrincantes) y los de Bakunin (*antiautoritarios,* defensores de la autonomía de



En el pase del Cuaderno, lucha por el derecho de asociación y la jornada de ocho horas, según una plumilla publicada en La Campana de Grácia *de* Barcelona. Derecha, *imagen simbólica de la solidaridad del proletariado en los días de la fundación de la II Internacional*


SOLIDARITY·OF·LABOUR
ASIA
AUST
·EUROPE·



Izquierda, *Jean Jaurés, partidario de un enfoque más pragmático de la política de la II Internacional.* Centro, *Karl Kautsky, principal teórico de la socialdemocracia alemana.* Derecha, *el líder socialista belga, Emile Vandervelde*



cada organización) en el seno de la Primera Internacional. Las reticencias se expresaron con toda claridad en un acuerdo del Congreso posibilista de 1889: tras aceptar el establecimiento de relaciones permanentes entre los socialistas de los distintos países, el texto aprobado ponía todo el énfasis en declarar que *en ningún caso, y bajo ninguna presión, estas relaciones podrán limitar la autonomía de los grupos nacionales, que son los mejores jueces de la táctica que se debe emplear en su propio país.*

Se puede considerar que este reconocimiento fue, a la vez, el factor decisivo que permitió la unidad internacional, a pesar de las evidentes diferencias entre los distintos partidos socialistas hasta la crisis de 1914. Pero también, y desde otra óptica, representó un freno para la consolidación de una estructura supranacional sólida y respetada. De hecho, a lo largo de la última década del siglo pasado, la Internacional no tenía más actividad que la celebración de Congresos periódicos, destinados a reafirmar los principios básicos comunes y a discutir una y otra vez, frente a las presiones y los incidentes provocados por los anarquistas, las condiciones de admisión que debían exigirse a todo solicitante. Sólo a partir de 1900, una vez superado este problema con la declaración de que únicamente podrían formar parte de la Internacional los partidos obreros y los sindicatos que aceptaran la acción política, se dió un tímido paso hacia adelante en el terreno organizativo con la Constitución de una Oficina Socialista Internacional (el BSI), aunque de inmediato se recortaron sus posibles funciones para dejarlo reducido a un simple medio de comunicación y preparación de los Congresos, en quienes seguía depositada la autoridad suprema dentro de la organización.

El período romántico

Hasta entonces, por consiguiente, más que de una auténtica estructura organizativa, habría que hablar de un foro de debate o de intercambio de experiencias. Pese a los intentos de algunos partidos o líderes socialistas, como el propio Pablo Iglesias, por dar un contenido más concreto y un mayor grado de autoridad a la Internacional, lo habitual era que se la considerara como el *parlamento obrero* o el germen de un futuro *Parlamento Internacional del Trabajo.* Y como en los parlamentos nacionales de aquellos años, en este peculiar parlamento obrero predominaban las declaraciones retóricas sobre los análisis de problemas concretos. En especial, en el caso que nos ocupa, tales declaraciones iban normalmente dirigidas a reafirmar el carácter inevitable de la revolución y el triunfo final del proletariado, sin precisar cómo ni cuándo se produciría ese evento definitivo. En la época del *mesianismo revolucionario* de que habla G. Haupt, o en términos de un artículo de *Le Peuple* de 1902, en el *período romántico* de la Internacional predominó una actitud de espera pasiva, cuyo reflejo más evidente se encuentra en algunos textos del principal teórico de la socialdemocracia alemana, Karl Kautsky. *Sabemos que nuestros objetivos* —es-



cribía Kautsky en 1893— *sólo pueden ser alcanzados mediante una revolución, pero sabemos también que está tan poco en nuestras manos hacer esta revolución como en las de nuestros adversarios impedirla. Por eso no nos pasa siquiera por la mente el querer provocar o preparar una revolución.* Esta actitud de expectativa ante unos acontecimientos inevitables, y que se esperaba tuvieran lugar por sí solos en breve plazo, no era sólo la ideología dominante en el partido socialdemócrata alemán, sino también en la organización obrera internacional, que en el congreso celebrado en Londres en 1896 comunicaba la proximidad del cambio revolucionario: *el desarrollo económico e industrial avanza con tal rapidez que puede producirse una crisis en un período de tiempo relativamente corto. El Congreso insiste, por ello, ante el proletariado de todos los países, en la necesidad absoluta de enseñar a los ciudadanos conscientes de su clase a administrar sus respectivos países, en interés de todos.*

En busca de logros inmediatos

Pero pasó el fin de siglo, y la revolución esperada e inevitable no se había producido. Y esta decepción, que llevó a los sectores revisionistas o reformistas de la socialdemocracia alemana —siempre el partido guía de la Internacional— a constatar que la teoría se adecuaba cada vez más con la realidad, tampoco pasó desapercibida para la mayoría ortodoxa del movimiento socialista.

A comienzos del siglo XX, al tiempo que en la estructura interna de la organización comenzaba *el período orgánico* (según la expresión de Longuet), en el terreno ideológico se pasó de la fase romántica anterior a una *etapa experimental* de mayor pragmatismo y atención a los problemas inmediatos. Impulsado por la extensión del sufragio universal, el movimiento socialista se orientaba a partir de ahora hacia el parlamentarismo, la búsqueda de triunfo en los procesos electorales y la persecución de mejoras inmediatas para la clase obrera. La revolución no llegaría de improviso, *como un ladrón en la noche,* había escrito el dirigente socialista belga Emile Vandervelde, en un artículo destinado a conmemorar el cincuentenario del *Manifiesto Comunista;* y poco después, los delegados al Congreso de París de 1900 revisaban sus acuerdos anteriores para insistir en el avance paulatino y la lejanía del triunfo final: *En un Estado democrático moderno* —afirmaba la resolución aprobada en dicha fecha— *la conquista del poder político por el proletariado no puede ser el resultado de un golpe de mano, sino de un largo y penoso trabajo de organización proletaria en el terreno político y económico, de la regeneración física y moral de la clase obrera, y de la conquista gradual de los municipios y los parlamentos.*

No fue sólo en el terreno de las declaraciones teóricas en el que se hizo visible este cambio de planteamiento. También en el tono de los Congresos y en la práctica organizativa de los partidos integrados en la Internacional se pusieron de manifiesto las nuevas actitudes. El socialismo, afir-





Izquierda, *Jules Guesde, uno de los políticos más influyentes del socialismo francés.* Derecha, *Friedrich Engels junto a la delegación alemana al Tercer Congreso de la II Internacional (Zurich, 1893)*

maba Jaurés en 1902, debía superar ya la etapa en la que en cada Congreso se pasaba revista a los principios, y dedicarse a partir de entonces a sustituir las *resoluciones abstractas* por *un análisis minucioso de los hechos, una crítica precisa de las ideas, una búsqueda seria de las soluciones.* Aunque este nuevo planteamiento no iba a alcanzar un éxito definitivo en los años siguientes —todavía en 1912 dos delegados holandeses se quejaban de que *las resoluciones adoptadas no contienen en gran medida más que repeticiones de resoluciones anteriores, y deben, en vista de su carácter internacional, limitarse a consideraciones generales—,* lo cierto es que la retórica inicial empezaba a ser sustituida por dosis crecientes de pragmatismo y dedicación a los problemas inmediatos como la paz, el colonialismo y el imperialismo, las condiciones de trabajo y de vida obrera...

La diversidad del socialismo europeo

Aunque había muchas dificultades para que triunfara este enfoque, entre otras la impotencia del partido fundamental, la socialdemcracia alemana, para llevar a cabo cambios sustanciales en la vida política y social de su propio país (*lo mismo que no teneis medios de acción revolucionaria, lo mismo que no teneis la fuerza que os daría la tradición revolucionaria del proletariado, no teneis tampoco fuerza parlamentaria,* fue la acusación lanzada por Jaurés frente a sus correligionarios alemanes). pero tampoco ayudaba mucho la diversidad de fuerzas y actitudes entre los distintos partidos socialistas europeos. Es cierto que la mayor parte de ellos estaban adquiriendo una notable fuerza electoral y cada vez aumentaba más el número de sus afiliados. En vísperas de la primera guerra mundial, la Internacional contaba ya con más de tres millones de miembros, mientras los sindicatos próximos a la misma —integrados en la Federación Sindical Internacional— incluían a casi once millones de obreros sindicados.

Aún más espectaculares eran los resultados obtenidos por los partidos socialistas en las elecciones. El SPD había pasado de un millón y medio de votos en 1890, a la salida de la semiclandestinidad que las leyes de Bismarck impusieran al partido, a más de cuatro millones en 1912; en este momento era el partido más importante del Reichstag, que recibía los votos de un tercio de los votantes alemanes y cuyo apoyo electoral era más del doble que el del siguiente partido. Y no sólo en Alemania era manifiesta la presencia socialista: en Finlandia, las primeras elecciones en las que el sufragio fue universal dieron a los socialistas más de un tercio de los votos; y en otros países del norte de Europa los porcentajes se situaban en la primera década del siglo XX entre el 15 y el 20 por 100 del total de votantes.

Ahora bien, los éxitos en muchos países no permitían ocultar las diferencias de planteamiento, que llevaban con frecuencia a conflictos y escisiones, en el seno de muchos partidos y, más aún, en el interior del propio organismo internacional. Por mucho que se repitieran los llamamientos a la unidad obrera, que fueron un tema habitual desde el Congreso de Londres de 1896, pasando por el de Amsterdam de 1904 (*Para dar a la clase de los trabajadores toda su fuerza en la lucha contra el capitalismo es indispensable que en todos los países, frente a los partidos burgueses, no haya más que un partido socialista, como no hay más que un proletariado),* hasta llegar al de Copenhague en 1910 (*Al ser el proletariado uno e indivisible, cada sección de la Internacional debe ser un grupo unido fuertemente constituido, obligado a abolir las divisiones internas en interés de la clase obrera de su propio país y del mundo entero,* las escisiones y enfrentamientos ideológicos y organizativos —cuyo ejemplo más conocido es el conflicto entre mencheviques y bolcheviques a partir de 1903 —predominaban sobre los es-





fuerzos de acercamiento y unidad de los que es testimonio, por su parte, la fusión de los distintos grupos socialistas franceses en un único partido, la SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera).

Tensiones en la Internacional

Más allá de estos enfrentamientos internos, también la propia organización internacional se veía afectada por las divergencias, cada vez mayores, entre sus miembros. *A medida que la vida socialista se desarrolla en cada país* —explicó el más agudo analista de la evolución del socialismo europeo del momento, Jean Jaurés, en el Congreso de Amsterdam de 1904—, *a medida que ejerce sobre la nación de la que forma parte una acción más directa, la vida socialista se integra de forma cada vez más profunda con la vida del propio país.* De aquí, como inevitable corolario, que si no resultaba excesivamente complicado repetir una y otra vez *los principios generales que nos son comunes a todos,* cada vez era más difícil *controlar en cada país la actitud particular de cada facción en medio de las circunstancias complicadas y variables por las que atraviesa cada uno de ellos.* Llevando al extremo estas afirmaciones, otro de los críticos más lúcidos del socialismo europeo de preguerra, Robert Michels, no tuvo inconveniente en definir a la Internacional como una *yuxtaposición incoherente de partidos nacionales, rigurosamente separados y, tanto desde el punto de vista teórico como desde el táctico, casi completamente autónomos,* por lo cual su actividad conjunta se reducía a la participación en los Congresos internacionales.

Pero quizá la mayor dificultad con que tropezó la Internacional en su desplazamiento desde el mesianismo revolucionario inicial al pragmatismo político no se refiere a las diferencias entre los países ni a las escisiones en el seno de los partidos o la importancia del partido más importante, el SPD. Por encima de estos problemas, la cuestión capital era la creciente inadecuación entre los esquemas teóricos y estratégicos en que se habían educado sus líderes y sus afiliados y los cambios que en las últimas décadas del siglo XIX y a comienzos del XX se estaban produciendo en las estructuras económicas, sociales y políticas de los países europeos en que los partidos socialistas eran especialmente fuertes. La generalización del sufragio, hasta su conversión en universal, el reconocimiento de la libertad de asociación y el desarrollo de los sistemas parlamentarios, estaban abriendo caminos nuevos y no previstos de antemano para la acción política de estos partidos, al mismo tiempo que el reforzamiento de los ejércitos convertía en una quimera todo intento revolucionario que siguiera utilizando las fórmulas tradicionales de la insurrección y las barricadas.

La historia —declaraba el propio patriarca socialista, Federico Engels, en 1895— *transformó de arriba a abajo las condiciones bajo las que tiene que luchar el proletariado,* hasta el extremo de que los métodos de acción de 1848 se habían





Los ideales pacifistas y la propia internacional saltaron en pedazos con el estallido de la guerra de 1914. Izquierda, *cartel alemán de propaganda de un empréstito para el esfuerzo bélico.* Derecha, *Lenin, uno de los más duros críticos de la política de la II Internacional, fotografiado en las montañas de Galitzia en 1914*

convertido en anticuados a fines de siglo. Y no sólo eso: tras la dura crisis económica de los años setenta, desde fines de siglo se puso de manifiesto que el sistema capitalista era capaz de superar sus dificultades sin que se cumplieran las previsiones marxianas sobre el aumento numérico y el creciente empobrecimiento de la clase obrera, aspectos en los que siempre se había confiado como base objetiva de la transformación social.

Un nuevo proletariado

Con el desarrollo capitalista decaía además la importancia del artesanado radical del 48; es decir, de los *obreros de oficio,* que trabajaban en pequeños talleres y cuya situación laboral había puesto en peligro los avances del maquinismo hasta convertirles en protagonistas de los procesos revolucionarios. En su lugar, los nuevos proletarios fabriles, sometidos a nuevas formas de trabajo y disciplina, no contaban con la misma capacidad para protagonizar un proceso revolucionario más allá de las reivindicaciones laborales inmediatas que se reflejaban en huelgas o conflictos laborales, a veces de notable intensidad. Por último, y fuera de toda previsión, el surgimiento de una nueva clase media asalariada —*los proletarios con estudios* de que alguna vez habló Kautsky— alteraba la visión dicotómica de la sociedad capitalista en que se habían fundado las expectativas revolucionarias hasta aquellos momentos.

En este nuevo clima social y político, los dirigentes socialistas se encontraban desconcertados. Reaccionaron en algunos casos —el SPD— reforzando las actitudes de *espera pasiva* con la confianza de que una nueva etapa de crisis, unida a la ampliación de su fase electoral, acabaría llevándoles prácticamente al poder; en cambio, en otras organizaciones o fracciones se extendió una visión voluntarista de la revolución —como resultado no de factores objetivos en sentido estricto, sino de la preparación y agitación partidaria—, de la que el leninismo representa el mayor testimonio. Aunque quizá la reacción más extendida fue un reformismo escasamente teorizado, pero muy influyente en la práctica de los partidos y la Internacional.

La lejanía de la revolución obligaba a los Congresos a plantearse los problemas inmediatos de los trabajadores, como el paro y la carestía de la vida, o los peligros que el imperialismo podía suponer, y de hecho suponía, para la paz mundial.

La bandera de la paz

Fue precisamente la cuestión de las amenazas bélicas la que dominó los últimos Congresos de la Internacional; e incluso la que otorgó a esta organización un prestigio del que hasta entonces no había disfrutado en amplios sectores pacifistas, pero ajenos a la clase obrera, de la opinión europea.

Aunque poco tiempo después se pusieran de manifiesto las debilidades del pacifismo socialista, en 1912 y 1913 la Segunda Internacional aparecía a los ojos de muchos como *el más enérgico y el más decisivo factor de la paz universal,* según la expresión de Jean Longuet y la presentación como candidata al Premio Nobel de la Paz en 1913 no hizo más que ratificar un prestigio ya bien consolidado.

Pero esta nueva imagen pública tenía mucho de espejismo. Desde mediados de la primera dé-



cada del siglo xx, el problema del imperialismo y la guerra había ocupado un destacado lugar en los debates de los Congresos internacionales como en las movilizaciones obreras de los distintos países europeos. Las declaraciones en contra de una guerra imperialista se repetían con asiduidad desde el Congreso de Stuttgart de 1907, en el que se anunció que la clase obrera haría frente con la revolución a cualquier conflicto bélico generalizado, hasta los de Copenhague (1910) y Basilea (1912); y era el tema central del Congreso previsto para 1914 en Viena. Pero a pesar de las decenas de discursos y las resoluciones retóricas, nada se había avanzado para prevenir el estallido de la misma. En el terreno organizativo, el único encargo que en Basilea se confió al BSI fue el *seguir los acontecimientos con una redoblada atención y mantener, ocurra lo que ocurra, las comunicaciones y los lazos entre los partidos socialistas de todos los países;* pero ni siquiera se le otorgó la posiblidad de impulsar acciones coordinadas frente a un posible conflicto. Los recelos ante el surgimiento de un nuevo poder impidieron cualquier delegación en funciones que mermara la autonomía de los partidos y el carácter soberano del congreso. Incluso el principal adalid del pacifismo, Jean Jaurés, recordaba en la última reunión del BSI, celebrada en Bruselas el 29 de junio de 1914, que la misión de la Oficina Socialista Internacional era exclusivamente *formular la propuesta contra la guerra,* mientras las decisiones sólo podía tomarlas un Congreso internacional.

La misma falta de preparación se observaba en lo relativo a la táctica antibelicista: presentada en 1912, la propuesta del laborista inglés Keir Hardie y el socialista francés Vaillant, para que ante un posible conflicto se declarara la huelga general en las industrias de guerra, había quedado igualmente en el aire, a la espera de su discusión en la reunión internacional que debía celebrarse en Viena en septiembre de 1914. El estallido de la guerra fue precisamente lo que hizo imposible tal decisión.

Desde los textos que Lenin escribió en los años del conflicto europeo, se ha insistido hasta la saciedad en que la crisis de la Internacional no era más que el resultado del oportunismo y la traición de sus dirigentes. Y este argumento sirvió de punto de partida para la defensa de la creación de una nueva Internacional, auténticamente revolucionaria y liberada de oportunistas, socialpatriotas y traidores. Aún perdura semejante cliché interpretativo, aunque su utilidad política haya pasado a la historia. Por eso, no estará de más recordar, como ha señalado Przewoski, que si bien las acusaciones de traición podrían ser adecuadas en un mundo libre de ataduras objetivas, *no son especialmente aclaratorias en el mundo real,* en el que los comportamientos están determinados por las circunstancias, y no sólo por la voluntad de los sujetos.

El diálogo de las contradicciones

El Partido Socialdemócrata de Alemania, 1890-1914

Por Antonio Robles Egea
Universidad Complutense de Madrid

CUANDO alguien se acerca por primera vez a la historia del *Sozialdemokratische Partei Deutschlands* (SPD) en el cuarto de siglo anterior a la Primera Guerra Mundial advierte de inmediato la existencia de importantes conflictos y contradicciones en su interior. Esto no quiere decir que no hubiera en el mundo socialdemócrata junto de principios compartidos, sobre todo entre la gran masa de militantes, sino que la evolución del partido quedaba caracterizada por un contraste dialéctico de múltiples experiencias.

Un primer análisis de la teoría y de la praxis socialdemócrata ofrece al investigador una panorámica de tensiones y tendencias. Tres concepciones del socialismo: el revisionismo de Bernstein, la ortodoxia de Kautsky y el radicalismo de izquierda de Rosa Luxemburg. Tres formas de practicarlo: el reformismo de los líderes del sur de Alemania G. von Vollmar y E. David, el pragmatismo de I. Auer y A. Bebel y el extremismo de A. Helphand y K. Liebknecht. Todos ellos enfrentados entre sí en tres grandes debates: el del revisionismo, el de la huelga general y el de la cuestión nacional, el colonialismo y el imperialismo. En los tres la posición ideológica oficial consiguió triunfar mientras que el control del partido caía poco a poco en las manos de los reformistas.

En el plano organizativo se refleja de manera nítida un crecimiento constante del número de afiliados, de agrupaciones locales, de funcionarios, de electores, de periódicos, etc. A finales de siglo el SPD era un partido de masas de trabajadores industriales que habitaban en las grandes ciudades y profesaban la religión protestante, pero no era un partido popular representante de la mayoria de la población. El desarrollo de su organización le permitió convertirse en el más numeroso y más votado de los partidos alemanes, pero sin embargo sus triunfos no se tradujeron en una influencia política directa.

Este constante desarrollo socialdemócrata nació y creció en el aislamiento. Tanto la concepción del SPD sobre la política y la lucha de clases en el sistema capitalista como las condiciones peculiares del *Kaiserreich* obstaculizaron la colaboración de los trabajadores socialistas con otros grupos sociales y políticos. No obstante, dentro del partido existían corrientes de opinión y grupos de militantes partidarios de la colaboración y la integración en el sistema político, pues creían que el régimen de la Alemania imperial podía proporcionar mejoras en el nivel de vida de los obreros.

Por último, la conversión del SPD en un partido de masas durante los años noventa tiene como correlato el intento de formar y consolidar un mundo cultural socialdemócrata al margen de la cultura dominante. El inicial ímpetu revolucionario llevó consigo la creación de numerosas sociedades de ocio —corales, clubs de gimnasia, amigos de la naturaleza, ciclistas, etc.— y la apertura de centros educativos para formar a los obreros —bibliotecas, escuelas, grupos de teatro, etc.—, donde los socialistas podían establecer una vida en comunidad y solidaridad. Pero igual que ocurrió con la organización, aquí también surgió la impotencia de la Socialdemocracia. A partir del cambio de siglo la cultura burguesa dominante envolvió a la nueva y débil cultura haciendo que absorbiera como elementos clave de su futura evolución principios de carácter liberal-burgués.

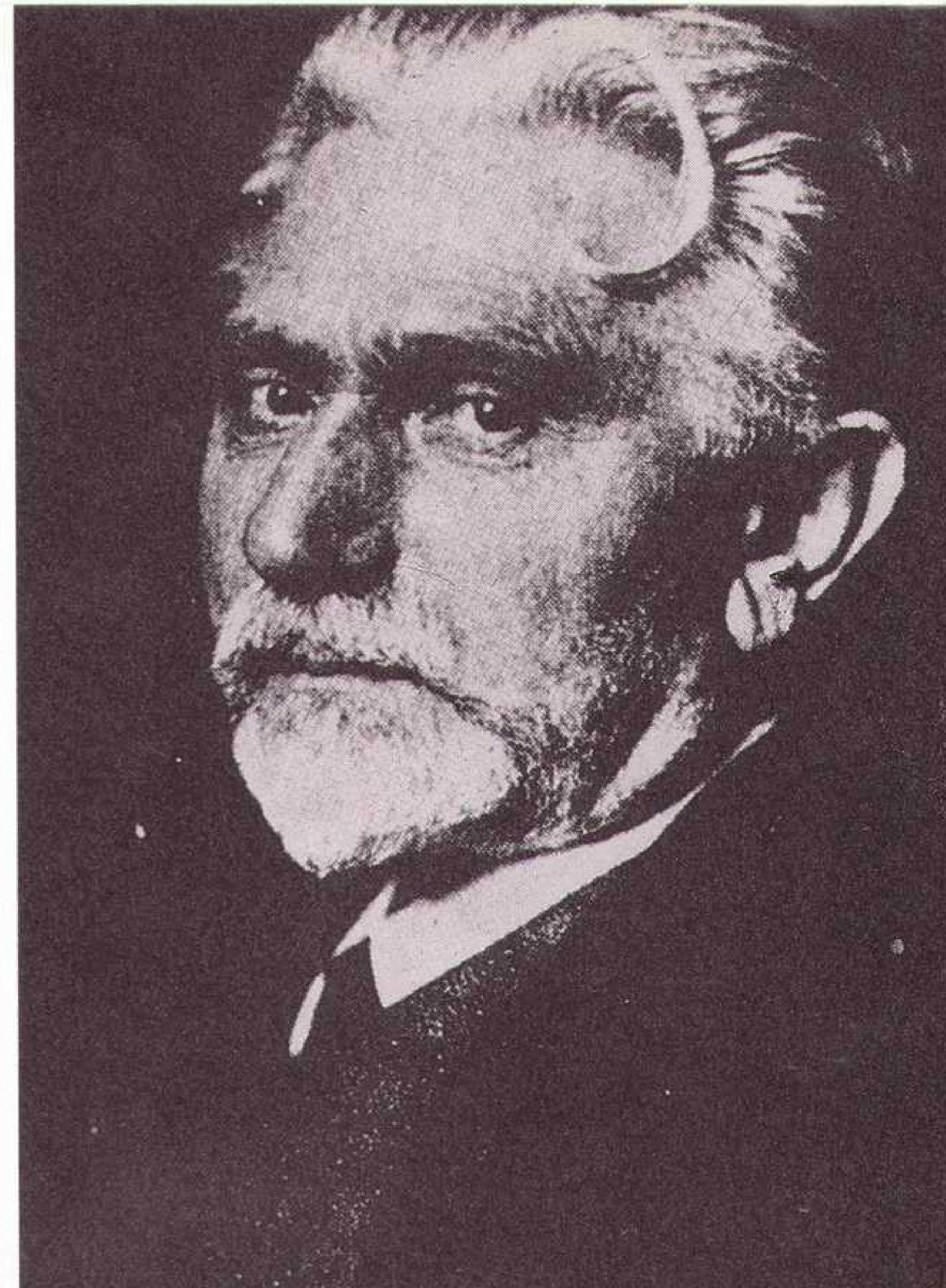
Teoría revolucionaria y praxis reformista

Los resultados de estas contraposiciones esenciales (una doctrina revolucionaria y una praxis reformista, una gran organización y su ineficacia política, una política de aislamiento y tendencia a la integración y, finalmente, el intento de creación de una cultura propia y su posterior fracaso) bloquearon el ejercicio de una política coherente, ya fuera revolucionaria o reformista, y condujeron en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial a la integración nacional del partido.



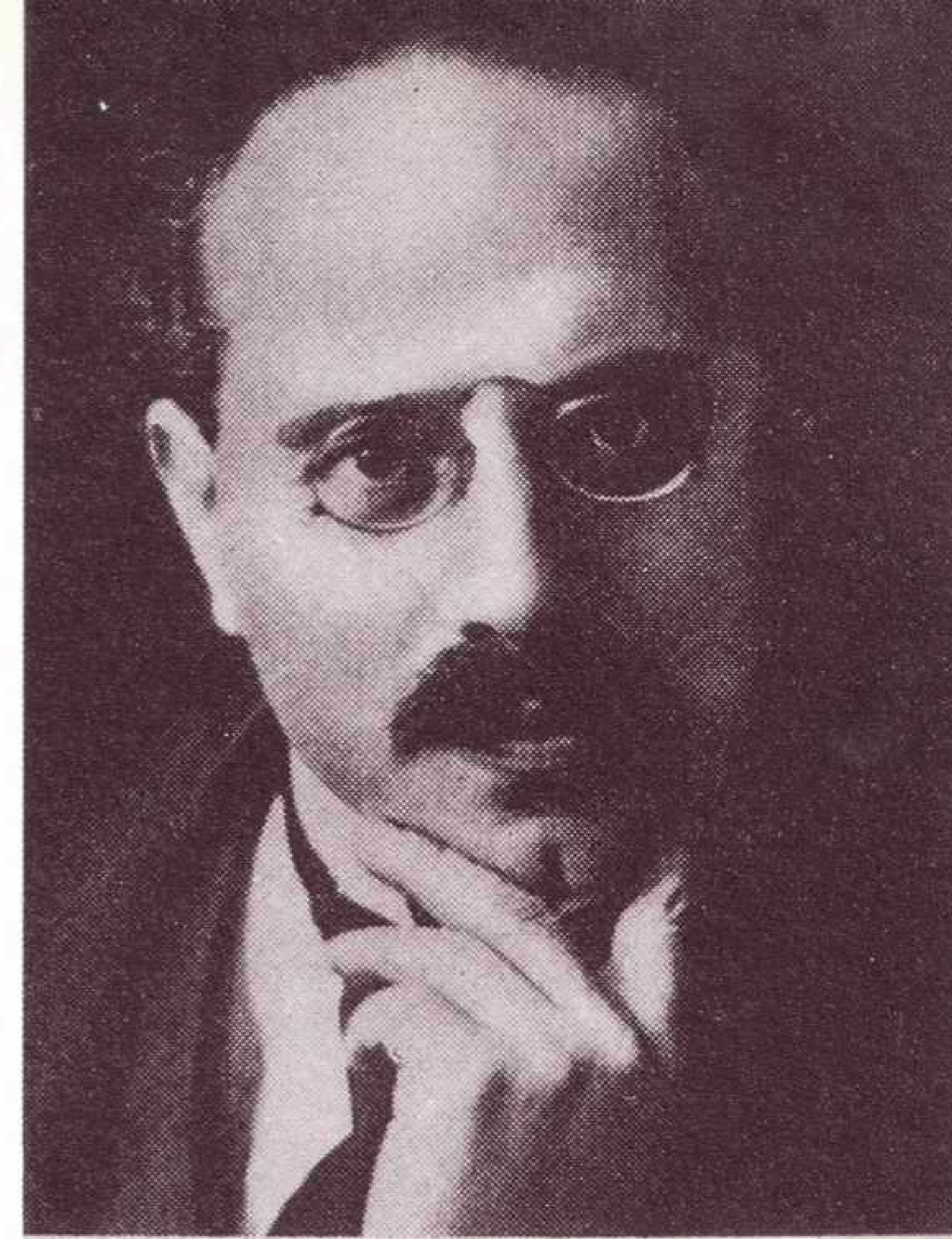
La andadura de la Socialdemocracia después de 1890 estuvo condicionada por la dura experiencia de la década anterior. Las leyes de excepción antisocialistas le hicieron abandonar el eclecticismo





Arriba, izquierda, *Rosa Luxemburg, representante del ala radical del SPD.* Arriba, derecha, *August Bebel, partidario de una aplicación pragmática del socialismo.* Abajo, *postal conmemorativa de la Feria Socialista de Berlín, mayo de 1894.*





El constante desarrollo del SPD se produjo en el aislamiento, pues las condiciones peculiares del Imperio alemán no favorecieron su colaboración con otros grupos sociales y políticos. Izquierda, *el Kaiser preside la apertura del* Reichstag *el 16 de mayo de 1900 (Biblioteca Nacional, París).* Arriba, *Karl Liebknecht*

del programa de Gotha —compromiso de lassallianos y eisenachianos— para asumir la teoría marxista y sus implicaciones tácticas: radicalización y rechazo global del régimen de gobierno existente. Con la caída de Bismarck, la derogación de las leyes contra los socialdemócratas y el gran éxito electoral de 1890 parecía necesario readaptar los planteamientos de la época de clandestinidad a la nueva realidad. El programa de Erfurt (1891) fue la respuesta: las dos caras de una misma moneda. Por un lado la parte doctrinal mantenía los grandes y revolucionarios objetivos socialistas y, por el otro, aparecían las reformas sociales y políticas alcanzables en la sociedad burguesa. Kautsky en una cara y Bernstein en la otra.

Equilibrio roto

Pero el equilibrio encontrado en Erfurt pronto se desniveló. La derrota de los jóvenes radicales antiparlamentarios y las inclinaciones reformistas, abiertamente expresadas por el líder bávaro Georg von Vollmar en sus conferencias de *Eldorado* en Múnich, orientaron a la Socialdemocracia por la pendiente de una praxis moderada —temor a las represiones y a una posible vuelta a la ilegalidad— oculta bajo una doctrina oficial revolucionaria, lo que dio lugar a continuas polémicas en el seno de la organización. Además, tanto el principal dirigente de los sindicatos socialistas, Karl Legien, como el máximo promotor del movimiento cooperativista, Adolf von Elm, abandonaron pronto las completas aspiraciones de la clase a la que representaban y optaron por mejorar el nivel de la vida de los asalariados, lo único permitido en el sistema constitucional alemán. Bernstein estaba claramente de su lado y el mismo Kautsky le reconoció que el afán reformista nacía de unas necesidades reales: *Nos hemos hecho demasiado grandes para poder permanecer como un mero partido de mítines (1).*

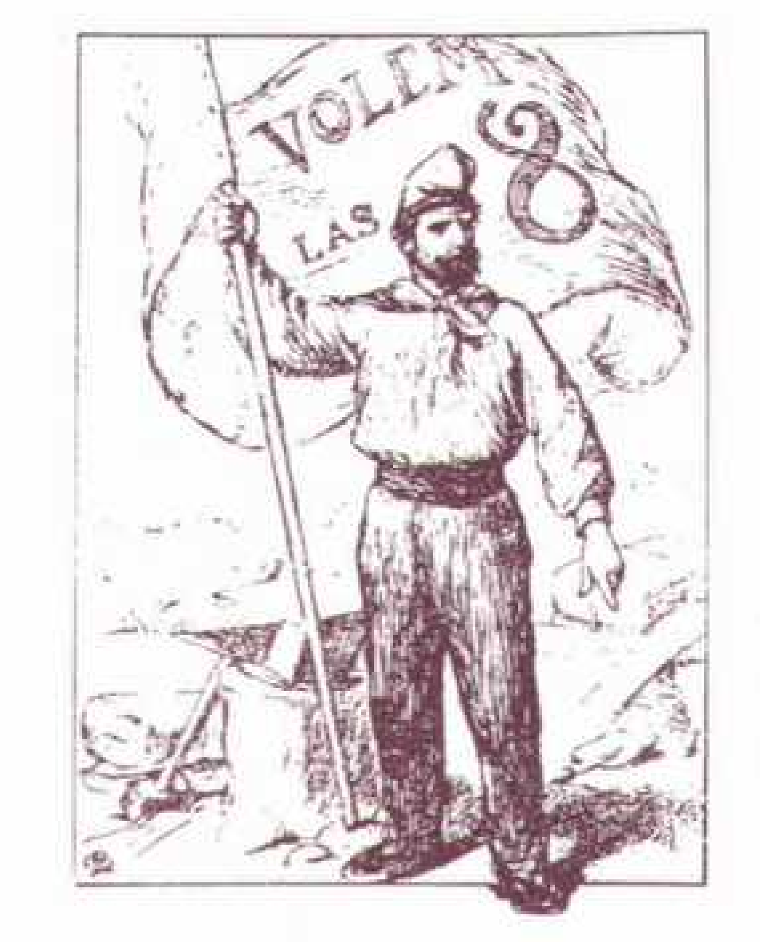
A pesar de la confianza depositada en el desarrollo electoral, que permitiría crecer a la Socialdemocracia con *mejillas sonrosadas* en la legalidad, todos creían aún que el desenlace final de la revolución se realizaría por una acción de fuerza de la mayoría de la población alemana, ya que las clases dominantes nunca consentirían una transformación profunda de la sociedad por la pacífica vía parlamentaria. Los socialdemócratas soñaban todavía con una revolución socialista que el futuro provocaría de manera ineluctable. Hasta mediados de los años noventa una ideología no revolucionaria estaba condenada al fracaso entre los trabajadores so-

cialdemócratas de una Alemania autocráticamente gobernada. Pero a partir de entonces, la mentalidad de los obreros comenzó a transformarse en profundidad porque el momento de la revolución no parecía cercano, dada la evolución que seguía el capitalismo y por los aumentos constantes de los salarios reales (2). Ahora era preferible conseguir algunas cosas de la futura sociedad socialista lo antes posible y ofrecer una sociedad más igualada a la siguiente generación de obreros

El Revisionismo

En esta situación Eduard Bernstein trató de elaborar un paradigma teórico que estuviera de acuerdo con la realidad social y política y que racionalizara las actitudes emotivas del SPD., planificando el camino para alcanzar la democracia social. La mayor diferencia entre la posición ortodoxa y la revisionista radicaba en el concepto de revolución y la idea de conquista del poder político. Para Kautsky la revolución encerraba la consecución del socialismo, idea que ha estado presente en el SPD. hasta el final de la II Guerra Mundial, mientras que Bernstein pensaba en la revolución como *camino* que conducía a la conquista del poder político. Para uno la revolución era *Endziel* (meta final) y para otro era *Bewegung* (movimiento) (3). En otros temas teóricos y tácticos las diferencias de opinión podían haber sido salvadas mediante compromisos, pero el debate público surgió a partir de las críticas que *Parvus* (A. Helphand) y Rosa Luxemburg hicieron a las ideas publicadas por Bernstein en *Die Neue Zeit*. A partir de este momento el acuerdo fue imposible.

Desde el punto de vista del secretario y gran pragmático del SPD., Ignaz Auer, cambiar la estructura ideológica del partido para seguir la misma política práctica era un esfuerzo inútil de resultados imprevisibles y un peligro para la unidad del socialismo, máxime cuando la táctica tradicional aportaba importantes resultados. Aclaró a Bernstein que sus conclusiones no se debían haber expresado en público, simplemente se debían haber aplicado, porque toda la actividad de la Socialdemocracia ya era reformista y esta era una condición necesaria para lograr la aspiración del partido, contar con el apoyo de las masas: *¿Consideras posible que un partido que tiene cincuenta años de literatura, casi cuarenta años de organización y una tradición todavía más antigua, puede hacer en un instante semejante cambio? Proceder así, como tú pides, significaría, en particular para el grupo dirigente del partido, hacer estallar el partido, esparcir al viento décadas de trabajo. Mi querido Ede, eso que tú pides, algo así no se decide, algo así no se dice, algo así se hace. Toda nuestra actividad fue la actividad de un partido reformista socialdemócrata. Un partido que cuenta con las masas tampoco puede ser de otra forma* (4).



El revisionismo fue derrotado de manera abrumadora en los Congresos socialdemócratas. No consiguió el sostén de los líderes reformistas, que prefirieron mantener el inestable equilibrio entre teoría y praxis nacido en Erfurt y no provocar una escisión en la Socialdemocracia. El definitivo acuerdo de Dresden fortalecía la posición centrista de Kautsky, mientras que a Bernstein sólo le quedó la posibilidad de difundir sus ideas y esperar las consecuencias de ello y de la evolución del régimen político. En torno a él y alrededor de *Sozialistische Monatshefte* (Cuadernos mensuales socialistas) se aglutinaron los dirigentes y teóricos enfrentados a la línea oficial del SPD (M. Schippel, W. Heine, R. Callwer, P. Kampffmeyer, L. Quessel, entre otros más conocidos). En los bastidores de la revista estaban J. Bloch, su recopilador, y L. Arons, que financiaba la empresa con fondos aportados por su cuñado, el banquero Julius Bleichröder, sin que esto excluyera la posibilidad de que la revista recibiera fondos del Gobierno a través de alguna vía indirecta. Si el revisionismo permaneció como corriente ideológica y política se lo debió a Bloch. Gracias a los esfuerzos de esta revista de bajo coste, el revisionismo se difundió masivamente y ofreció argumentos teóricos a los defensores de las reformas (5).

En el lado opuesto del revisionismo, el radicalismo de izquierdas también fue derrotado en los Congresos de la Socialdemocracia de 1905 y 1906, lo que dio lugar a la aparición de una *Neue Linke* (Nueva Izquierda) en el movimiento socialdemócrata, revolucionaria y antiimperialista. El debate sobre la huelga general de masas fue controlado por la fracción parlamentaria, los dirigentes sindicales y la burocracia de la organización, de los que se hicieron eco Kautsky y Bebel, pues temían que un movimiento huelguístico de carácter político pusiera en peligro el ritmo de crecimiento del partido.

La segunda victoria ideológica de la ortodoxia kautskiana y el progresivo control de los órganos de dirección socialdemócrata por moderados y reformistas condujeron el SPD por caminos tortuosos. La fraseología revolucionaria no se adecuaba a las moderadas actividades locales, sindicales, parlamentarias y culturales insertas casi plenamente en la vida social y política del Imperio.

La explicación final de esta incongruencia, basada en el triunfo del centrismo sobre el revisionismo y el radicalismo de izquierda, se encontraba en los elementos cosntituyentes del *Reich*. Aunque desde 1896 el auge económico proporcionó a empresarios y trabajadores una mejor situación, los salarios reales quedaron paralizados a partir de

1900 porque los aranceles proteccionistas y los impuestos indirectos aprobados por los gobiernos de Bülow incrementaron los precios de los alimentos de primera necesidad, lo que obligó a los sindicatos iniciar una oleada de conflictos y huelgas para preservar el nivel de vida anterior. Al mismo tiempo el Reichstag y el Landstag prusiano renovaron los intentos de adoptar normas contra el movimiento socialista. Por último, en el plano de la política estatal, las reformas sociales y políticas quedaron paralizadas, impidiendo una posible integración del SPD en un proyecto nacional. Ante esta realidad era muy difícil que la Socialdemocracia solucionara su conflicto interno entre teoría y praxis. La justificación de ambas dio como resultado una política ambivalente.

Gran organización e ineficacia política

La derogación de las leyes antisocialistas abrieron las puertas para la construcción de una gran organización socialdemócrata. Los principales esfuerzos se destinaron a esta tarea como si de una inversión de futuro se tratara. En los años noventa el SPD. se transformó en un partido de masas:

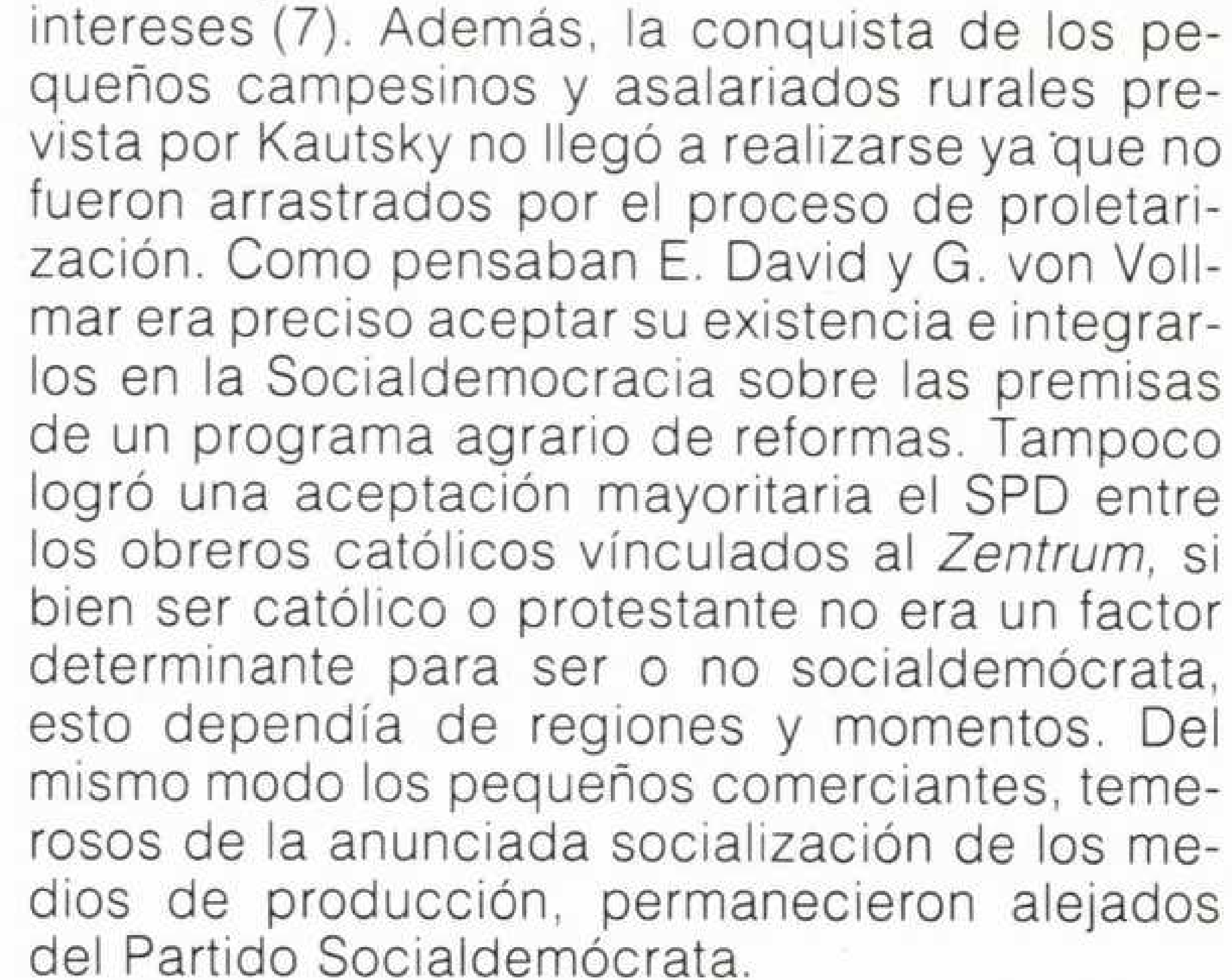
CUADRO I (6)

El movimiento socialdemócrata en cifras

Año	Afiliados SPD	Afiliados Sind. libres	Electores	%
1887		95.106	763.128	10,1
1890		294.551	1.427.298	19,7
1893		218.972	1.786.738	23,2
1898		493.742	2.107.076	27,2
1903		887.698	3.010.771	31,7
1907	530.466	1.865.506	3.259.029	28,9
1908	587.336	1.831.731		
1909	633.309	1.832.667		
1910	720.038	2.017.298		
1911	836.562	2.320.986		
1912	970.112	2.530.390	4.250.399	34,8
1913	982.850	2.548.763		
1914	1.085.905	1.502.811		

Sin embargo, la penetración social del Partido quedó reducida al mundo laboral de las urbes industriales. Y ni siquiera aquí la afiliación socialdemócrata sobrepasaba el 25 por 100 de los obreros. Los votos recogidos se correspondían de manera aproximada con la suma total de afiliados sindicales y políticos, que eran y votaban socialdemócrata, no por razones de conciencia de clase, sino porque consideraban a su partido como el mejor representante de sus



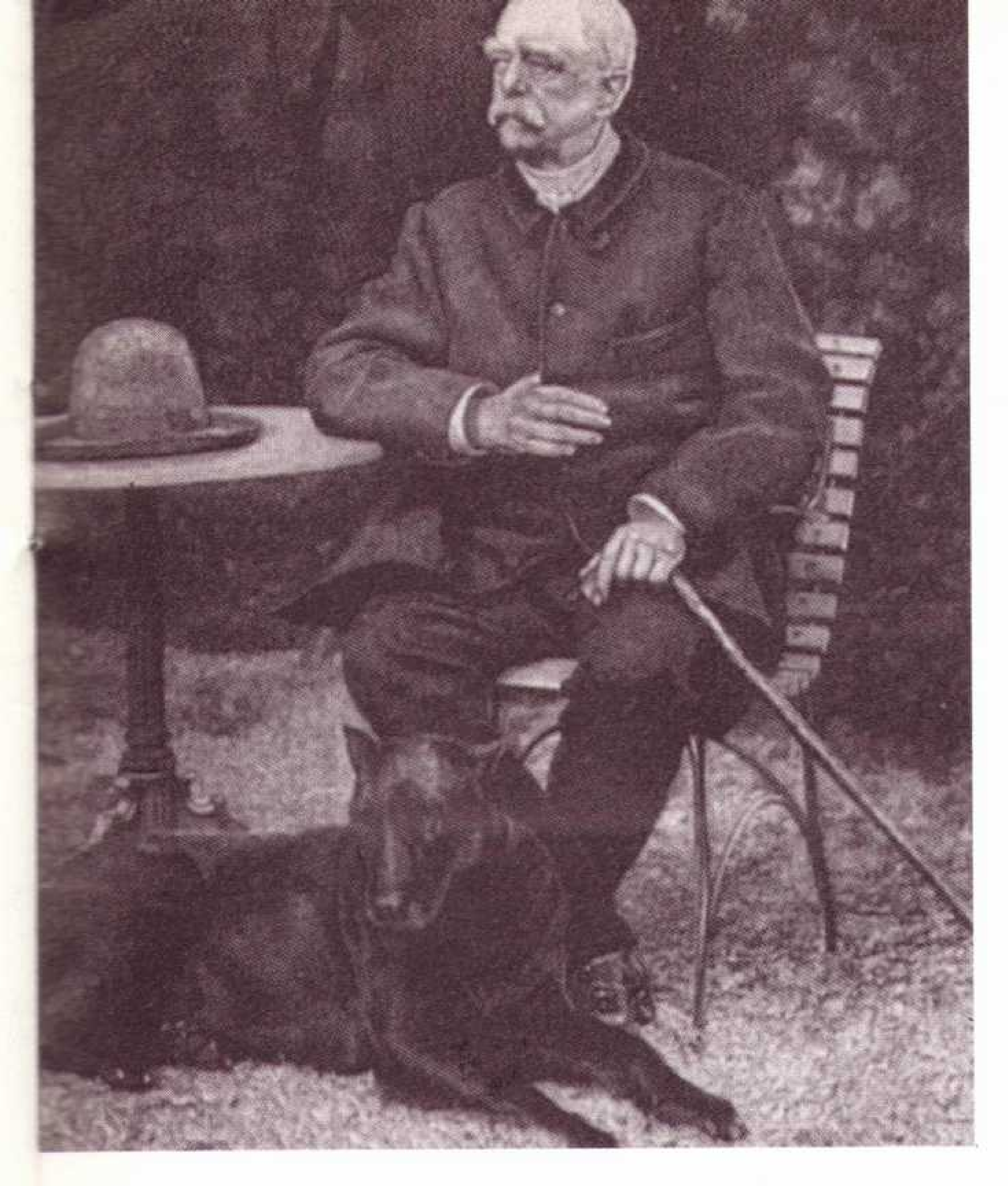


intereses (7). Además, la conquista de los pequeños campesinos y asalariados rurales prevista por Kautsky no llegó a realizarse ya que no fueron arrastrados por el proceso de proletarización. Como pensaban E. David y G. von Vollmar era preciso aceptar su existencia e integrarlos en la Socialdemocracia sobre las premisas de un programa agrario de reformas. Tampoco logró una aceptación mayoritaria el SPD entre los obreros católicos vinculados al *Zentrum*, si bien ser católico o protestante no era un factor determinante para ser o no socialdemócrata, esto dependía de regiones y momentos. Del mismo modo los pequeños comerciantes, temerosos de la anunciada socialización de los medios de producción, permanecieron alejados del Partido Socialdemócrata.

El SPD del cambio de siglo no consiguió ser un partido popular. Eduard David señaló esta insuficiencia: *La Socialdemocracia no puede ser un mero partido de trabajadores asalariados. Sólamente como partido popular, en el sentido amplio de la palabra, le será posible conquistar y mantener el más influyente poder político* (8).

A esta limitada capacidad de expansión social había que sumar una constante impotencia política para conseguir las reivindicaciones de la segunda parte del programa de Erfurt, debido a la falta de responsabilidad parlamentaria de los gobiernos y el carácter de la formación de los mismos. Como es sabido, Jean Jaurès hizo en 1904 un acertado diagnóstico de la situación de los socialistas alemanes: *Vosotros sois un gran partido, sois el futuro de Alemania, uno de los partidos más nobles y gloriosos de la humanidad civilizada y culta. Sin embargo, entre vuestro poder político evidente, como se manifiesta cada año en el número cada vez mayor de vuestros votos y mandatos, entre este poder evidente y el poder real de la influencia y de la actuación hay una contradicción, que parece crecer cuanto más aumenta vuestro poder electoral* (9).

Algunos ejemplos demuestran la incapacidad socialdemócrata. En las elecciones al parlamento prusiano de 1903, 1908 y 1913 el resultado obtenido por los candidatos del SPD fue nulo o escaso, a pesar de que el número de votos obtenidos era superior al del resto de los partidos. La razón de esto sólo se podía encontrar en el carácter antidemocrático del llamado sufragio de las tres clases, contra el que la Socialdemocracia realizó grandes manifestaciones de masas, sin que por ello fuera abolido. En las elecciones al Reichstag de 1907, aun cuando el partido alcanzó la misma cifra de sufragios que obtuvo en 1903, únicamente logró la mitad de los escaños de aquel año, porque la unión de fuerzas políticas nacionalistas y liberales desplegó un discurso imperialista que movilizó al electorado



a su favor. Y en 1912 la Socialdemocracia se convirtió en el partido del Reich más numeroso por sus afiliados, sus electores y sus parlamentarios. Intentó entonces obtener la mayoría parlamentaria que pudiera reformar la Constitución y parlamentarizar el Reich para lo que la presidencia hizo un pacto de colaboración electoral con el *Fortschrittliche Volkspartei* (Partido Popular Progresista) en la segunda vuelta de escrutinio. Pero el objetivo perseguido no fue alcanzado y la impotencia apareció de nuevo. No todo dependía de las propias fuerzas socialdemócratas.

En el interior del SPD se experimentaban dos sensaciones diferentes y opuestas: por un lado el entusiasmo por los progresos de la organización y por otro la ineficacia de la actividad política, que hacía caer a los militantes en la resignación y el desencanto. Como consecuencia de esto surgió en los años anteriores al comienzo de la guerra el mito de la fuerza de la organización para ocultar lo que, en el fondo, era ausencia de poder político de hecho.

Aislamiento versus Integración

Arriba, *el canciller Bismarck en 1884. Su caída favorecería la derogación de las leyes contra los socialdemócratas en 1890.* Abajo, *asamblea de obreras en Berlín a comienzos de siglo*

Heredada del período de clandestinidad, la política oficial de la Socialdemocracia consideraba a los demás partidos políticos, sin distinción



Abajo, *el canciller Theodor von Bulow.* Derecha, *el Kaiser Guillermo II bromea con el agregado militar austríaco durante unas maniobras militares en Baden-Wurtemberg (1909)*

alguna, como una *masa reaccionaria.* Su concepción del sistema político estaba fundamentada en un esquema dual de la lucha de clases: burguesía frente a proletariado. No cabía ninguna posibilidad de colaboración en un escenario donde los contendientes sólo eran dos: los partidarios del orden económico y los socialistas como únicos representantes de todos los que se oponían a él: *Considerando que la intensificación de las tensiones sociales, el aumento del paro, la creciente explotación del proletariado están provocados por la dominación del capitalismo existente, que la lucha entre capital y trabajo se recrudece cada vez más, que los intereses de los trabajadores están cada vez más subyugados por una masa reaccionaria, formada por todos los partidos burgueses, la Socialdemocracia rechaza todo acuerdo con partidos burgueses, sea directo o indirecto* (10). *En opinión de W. Liebknecht, por ejemplo, una política de entendimiento con otros grupos provocaría la pérdida de orientación final del movimiento socialista, sacrificaría sus principios y desmoralizaría a los militantes generando un proceso de aburguesamiento. Si, por otro lado, se admitía la posibilidad de votar a algún candidato no socialdemócrata en la segunda vuelta de las elecciones era bajo condiciones y siempre con la pretensión de elegir el mal menor* (11).

Colaboración con el «Zentrum»

Desde este punto de vista el aislamiento de la actividad del partido era voluntario y con semejantes argumentaciones se justificó la no participación en las elecciones al Parlamento prusiano hasta 1903. Pero al mismo tiempo era un aislamiento obligado, pues la clases conservadoras se rodearon de medios defensivos para frenar lo que consideraban *el peligro socialista.*

A pesar de la existencia de estas dos variables que paralizaban cualquier dinámica transformadora de la política del SPD las tendencias colaboracionistas e integracionistas progresaron en su interior. El primer paso en este sentido lo dieron los socialdemócratas del sur de Alemania. En Baviera aprobaron el presupuesto y colaboraron con el *Zentrum* desde 1899 para lograr el sufragio universal. En Hesse, Baden y Würtemberg establecieron pactos electorales y parlamentarios con los liberales de izquierda y derecha para lograr la democratización de estos *Ländern* en la primera década del siglo, lo que consiguieron un poco antes del comienzo de la guerra. También Bernstein y otros teóricos revisionistas recomendaron desde principios de los noventa que, dada la situación de atraso político en Prusia, convenía al partido colaborar con los partidos liberales de izquierda y participar en las elecciones para lograr la abolición del sufragio de las tres clases. Por último, era fácil de verificar que toda la práctica sindical seguía

un comportamiento integrado en el marco de la legislación social y laboral.

Oficialmente el SPD permaneció vinculado a su aislamiento. La dirección socialdemócrata rechazó la invitación de los líderes linksliberales F. Naumann y T. Barth a un trabajo conjunto: someter los poderes de la burocracia, la aristocracia terrateniente y el Ejército prusianos. La alianza fue imposible en Prusia por la fraseología revolucionaria de unos y el nacionalismo imperialista de los otros. Pero más tarde, en 1912, como hemos visto, el SPD se inclinaba ya hacia la colaboración con aquellos grupos decididos a lograr objetivos radical-democráticos.

Cultura socialdemócrata y cultura burguesa

El resultado del enfrentamiento entre una política aislacionista de carácter revolucionario, fruto del ambiente prusiano en el que se envolvió el *Kaiserreich,* y una práctica integrada casi plenamente en el sistema, consecuencia del aire más liberal que se respiraba en el sur, del nivel alcanzado por las prestaciones estatales —seguros sociales, regulación de conflictos sociales, etc.—, y de la creencia de las posibilidades de mejora dentro del Reich, supuso para la Socialdemocracia una *integración negativa* (12). Mientras los trabajadores podían mejorar sus condiciones de vida bajo las condiciones generales del sistema, el sistema de gobierno no democrático-parlamentario les impedía participar en el proceso de toma de decisiones políticas.

Esta situación de conflictos latente entre trabajadores socialdemócratas y ostentadores del aparato del Estado no llegó a desarrollarse, sino que orientó al SPD hacia su definitiva integración.

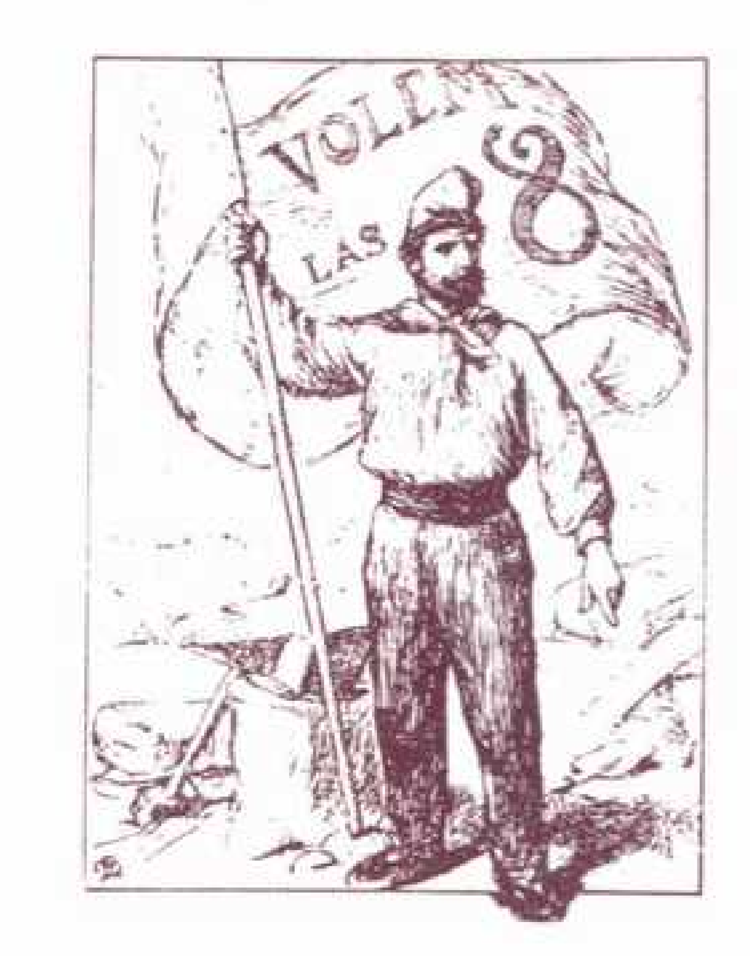
De manera paralela a la construcción de una gran organización, el liderazgo socialdemócrata se propuso crear una cultura nueva y propia con el objetivo de ofrecer a los obreros un conjunto de valores, ideas y comportamientos alternativos y opuestos al modo de vida burgués.

A mediados de los años noventa ser socialdemócrata suponía, además de poseer una ideología común y practicar la lucha política y social en el seno del partido y el sindicato, vivir en una comunidad con las mismas creencias, mentalidad y rituales, compartir con los camaradas los ratos de ocio y aumentar la educación y formación de todos los compañeros con el mayor número de medios posibles. Para ello no se escatimaron esfuerzos en la formación de sociedades y clubes recreativos y culturales de diverso tipo. La vida de los obreros socialdemócratas —salvo durante el tiempo de trabajo en la fábrica— podía desarrollarse al margen del mundo burgués, de cuya existencia se sabía a través del tamiz interpuesto por la prensa socialista.

Pero la actitud protectora para evitar la contaminación del mundo cultural dominante no tuvo resultados positivos. Hacia 1900 el proyecto cultural alternativo fue abandonado. Ya, Kaustsky y Mehring habían puesto de relieve que una cultura propia era imposible dentro de un sistema capitalista y mucho más dentro de un régimen autocrático. La pretendida nueva ▶



cultura tampoco era tan nueva. Muchos de sus elementos —modos de vida alternativos, fe en la educación como factor de emancipación, antialcoholismo, defensa de la naturaleza, por ejemplo— eran perpetuación de valores, costumbres, comportamientos, formas de pensar y expresarse que habían nacido en los procesos económicos y sociales que acompañaron al primer capitalismo industrial (13).



El fracaso del intento cultural socialdemócrata como subcultura o contracultura se explicaría por la centralización propagandística y el excesivo o radical impulso con el que se inició la aculturación de los trabajadores por el SPD. De esta forma aislaron o cortaron los vínculos de la cultura obrera local con la cultura popular, la cultura tradicional y la regional rechazando viejas costumbres e impidiendo, al mismo tiempo, que la Socialdemocracia fuese un partido del pueblo (14).

Los socialdemócratas acabaron insertando su cultura en la cultura burguesa para recoger de ésta lo que no estaba totalmente enfrentado con sus propios principios: valores democráticos, mentalidad progresista, etc.

Conclusión

En la última fase de la época guillermina las contradicciones del movimiento obrero socialdemócrata se agrandaron iluminadas por la *contrautopía* del imperialismo. Más que nunca la Socialdemocracia fue *un partido revolucionario que no hacía revoluciones*. La masiva afluencia de afiliados y electores en la primera década de siglo no determinó ninguna acción que alterase la marcha de la política nacional. Más bien ocurrió lo contrario: el estancamiento de las fuerzas socialistas. Por primera vez el SPD se enfrentaba a una auténtica e imperialista *masa reaccionaria* porque el sentimiento nacionalista brotó en el pueblo alemán y en no pocos *social-imperialistas*, sin que el partido, desde sus premisas teóricas, supiera abordar el problema. Al mismo tiempo una nueva generación de líderes (Scheidemann, Ebert, Noske, etc.), paradójicamente hijos del movimiento cultural socialdemócrata, pretendía hacer una política *realista* intentando transformar el sistema político desde dentro.

La intensificación de la lucha política entre 1911 y 1914 obligó a la Socialdemocracia al abandono de sus ambigüedades y a la búsqueda de una solución para sus conflictos internos. El comienzo de una nueva etapa de reformas sociales amortiguó la presión sindical de los años anteriores y los sindicatos se reconciliaron con el Estado. El pacto electoral de 1912 puso fin al aislacionismo tradicional de los socialdemócratas en el Reich y, desde una nueva perspectiva, la dirección del partido trató de reformar la Constitución sin cuestionar la forma de Estado. Por último, los acuerdos del Congreso de 1913 permitieron la aprobación de presupuestos parciales de Ejército y armamento. El SPD inició así un breve y acelerado proceso de integración en las instituciones del *Kaiserreich*. Las condiciones globales del sistema no habían cambiado pero sí la mentalidad política de los socialdemócratas.

El estallido de la guerra fue el momento decisivo que el SPD esperaba para dar el salto final hacia su completa integración nacional. El 4 de agosto de 1914 la mayoría de la fracción parlamentaria socialdemócrata estaba preparada para comportarse como un partido alemán más, aprobando los créditos de guerra. No se trató de una traición del liderazgo oportunista, como pensaba Lenin, sino más bien una adecuación entre lo que creía la masa de trabajadores alemanes y la actitud del Partido Socialdemócrata de Alemania.

NOTAS

(1) Cfr. en H.J. Steinberg: «Die deutsche Sozialdemokratie nach dem Fall des Sozialistengesetzes. Ideologie und Taktik der sozialistischen Massenpartei im Wilhelminischen Reich», en Hans Mommsen (comp.): *Sozialdemokratie zwischen Klassenbewegung und Volkspartei*. Athenäum Verlag, Frankfurt a. M., 1974, p. 54.

(2) H. Grebing: *Arbeiterbewegung. Sozialer Protest und Kollektive Interessenvertretung bis 1914*. Deutschen Taschenbuch Verlag; München, 1987, p. 127.

(3) A. Bebel en carta a E. Bernstein señaló esta misma diferencia esencial entre la ortodoxia y la revisión, ver Viktor Adler: *Briefwechsel mit August Bebel und Karl kautsky;* Viena, 1954, p. 258. Sobre este tema también ha hecho consideraciones Susanne Miller: *Das problem der Freiheit im Sozialismus*. Europäische Verlagsanstalt Frankfurt a. M., 1964, pp. 259 y ss.

(4) Cfr. en H. Grebing, *Op. cit.*, p. 157.

(5) Roger A. Fletcher: *Revisionism and Empire. Socialist Imperialism in Germany. 1897-1914*. Georg Allen and Unwin; London, 1984, p. 183.

(6) Datos recogidos en H. Grebing, *Op. cit.*, pp. 196-199.

(7) Véase G. A. Ritter: *Die deutschen Parteien 1830-1914*, Van denhoeck-Ruprecht, Göttingen, 1985, pp. 59-65, y del mismo, *Arbeiterbewegung, Parteien und Parlamentarismus;* Göttingen, 1976, pp. 21 y ss.

(8) E. David: «Rückblick auf Lübeck», en *Sozialistische Monatshefte*, 1901, Nr. 11, p. 839.

(9) Cfr. G. A. Ritter: *Das deutsche Kaiserreich, 1871-1914*, Vandenhoeck; Göttingen, 1981, p. 157.

(10) Wilhelm Schröder: *Handbuch der Sozialdemokratische Parteitage von 1863 bis 1909*. München, 1910, p. 286 (Congreso de Berlín de 1892).

(11) *Ibidem*, p. 286 (Congreso de Köln, 1893).

(12) Dieter Groh: *Negative Integration und revolutionärer Attentismus*. Verlag Ullstein, Frankfurt a. M., 1974, pp. 36-55.

(13) H. Grebing, *Op. cit.*, pp. 105-6.

(14) B. Emig: *Die Veredelung des Arbeiters*. Campus Verlag. Frankfurt a. M., 1980, pp. 290-303.

Intelectuales y socialismo en España

Por Manuel Tuñón de Lara
Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad del País Vasco

AL conmemorar hoy el centenario de la Segunda Internacional, pensamos ante todo en lo que hasta ahora se ha considerado su período *histórico*, es decir, el que va desde su fundación en la Sala Lancy de París en julio de 1889, hasta el colapso sufrido tras el estallido de la primera guerra mundial un cuarto de siglo después, la primera semana de agosto de 1914. La Internacional Obrera, ya con el nombre de Internacional Socialista, se reconstituyó en 1923, pero su identidad ya no podía ser la misma, como no lo eran sus componentes ni su estrategia; todo ello por la simple y poderosa razón de que la historia universal había entrado en otra época.

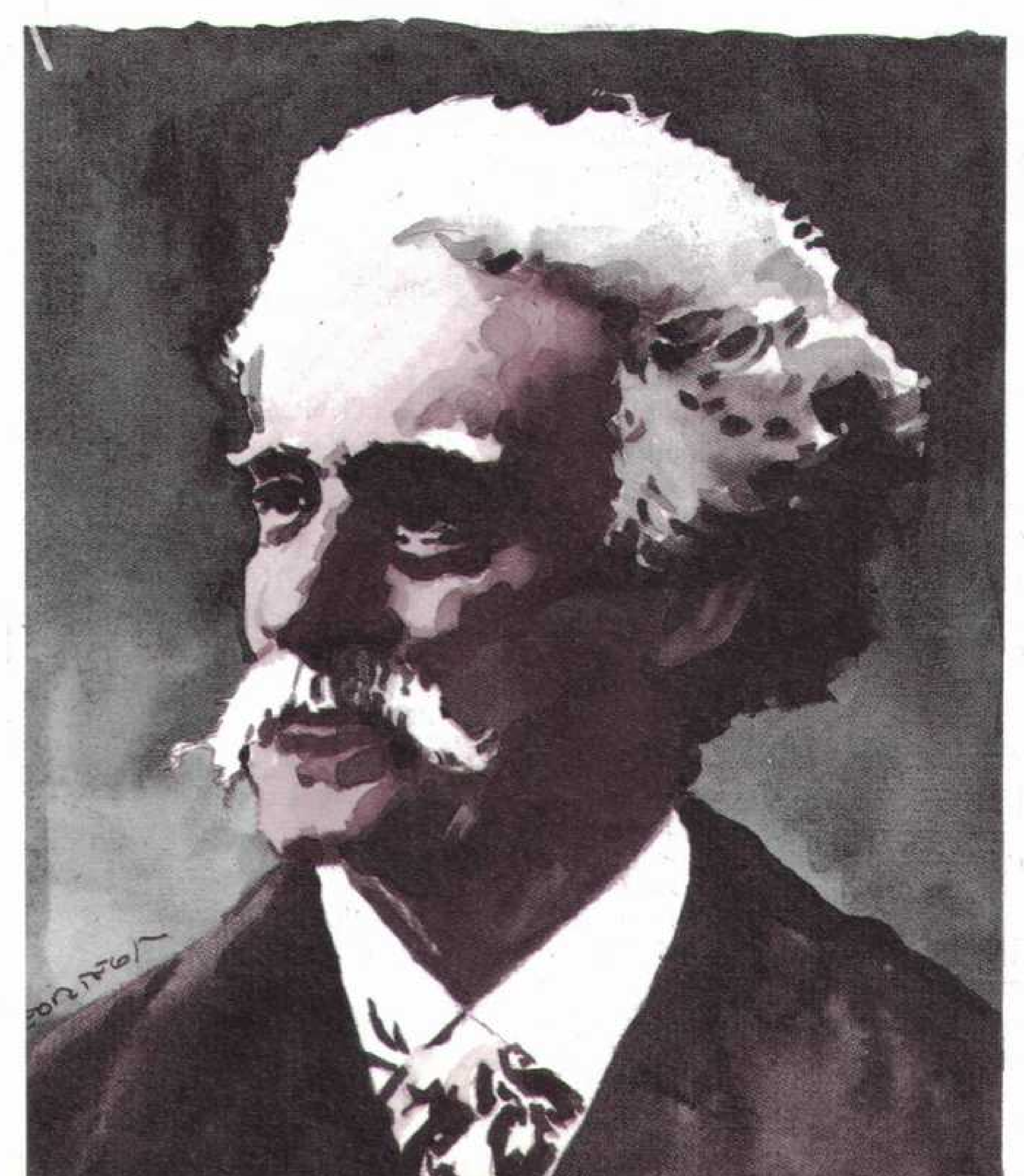
Los tiempos fundacionales de la II Internacional, aquellos que van desde 1889 a 1895, constituyen un período en el que el socialismo español sale de su infancia y empieza a adquirir experiencia y protagonismo. En él se cuentan la celebración del 1.º de Mayo a partir de 1890, los primeros Congresos del PSOE y de la UGT, la participación socialista en las elecciones y los primeros concejales electos de las candidaturas del PSOE, la difusión regular de *El Socialista* que se publicaba ya desde 1886, y la posterior de *La Lucha de clases* en Bilbao.

En este primer tiempo, el PSOE, nacido bajo la influencia del *guesdismo* francés (a través, sobre todo, de José Mesa, Paul Lafargue y Gabriel Deville) está marcado por cierto tinte *obrerista* que, en alguna medida lo aleja de las preocupaciones culturales. El partido no tiene entonces más intelectuales que el joven Doctor Jaime Vera (autor del famoso *Informe a la Comisión de Reformas Sociales* en 1884, y cuenta también, en aquel primer tiempo, con el catedrático de la Universidad de Salamanca Miguel de Unamuno, que explicita su adhesión en carta dirigida en 1892 a Valentín Hernández, director del ya citado semanario *La Lucha de Clases*, que éste publica, así como sus colaboraciones que, con algunas lagunas, van hasta finales de 1896.

Tres años más tarde, procedente del llamado grupo *Germinal* entra en el PSOE el catedrático del Instituto de segunda enseñanza de Alicante, Verdes Montenegro; en el citado grupo hay también otros intelectuales que acabarán optando por la vía socialista; es el caso del médico y novelista Felipe Trigo (cuya calidad literaria está siendo justamente valorada en nuestro tiempo) y Joaquín Dicenta cuya obra dramática *Juan José* (1895) obtuvo un éxito indescriptible, que se ha representado durante varios decenios ante públicos populares y hoy se considera como uno de los raros *clásicos* del teatro social.

Estas y otras aportaciones llegaron ya entrado el siglo, cuando de toda evidencia se observan cambios notables en las relaciones entre socialismo y cultura.

El nuevo siglo, abre también una nueva etapa, ahora de madurez, de la Internacional; este período de 1900 a 1914, tiene su importancia para el tema que tratamos, porque los intelectuales, sobre todo los jóvenes, se interesan cada vez más por el socialismo y por su partido; y porque hay otros, de más edad, que mantienen cordiales relaciones con él; es lo que *Clarín* llegó a llamar *afinidades electivas*. Sin duda, el prestigio que la Internacional había ido adquiriendo, el inmenso renombre de la socialdemocracia alemana con sus 80 diputados y sus tres millones de votos, el del socialismo francés ya unificado que



Paul Lafargue, uno de los personajes que más influyó en el socialismo español

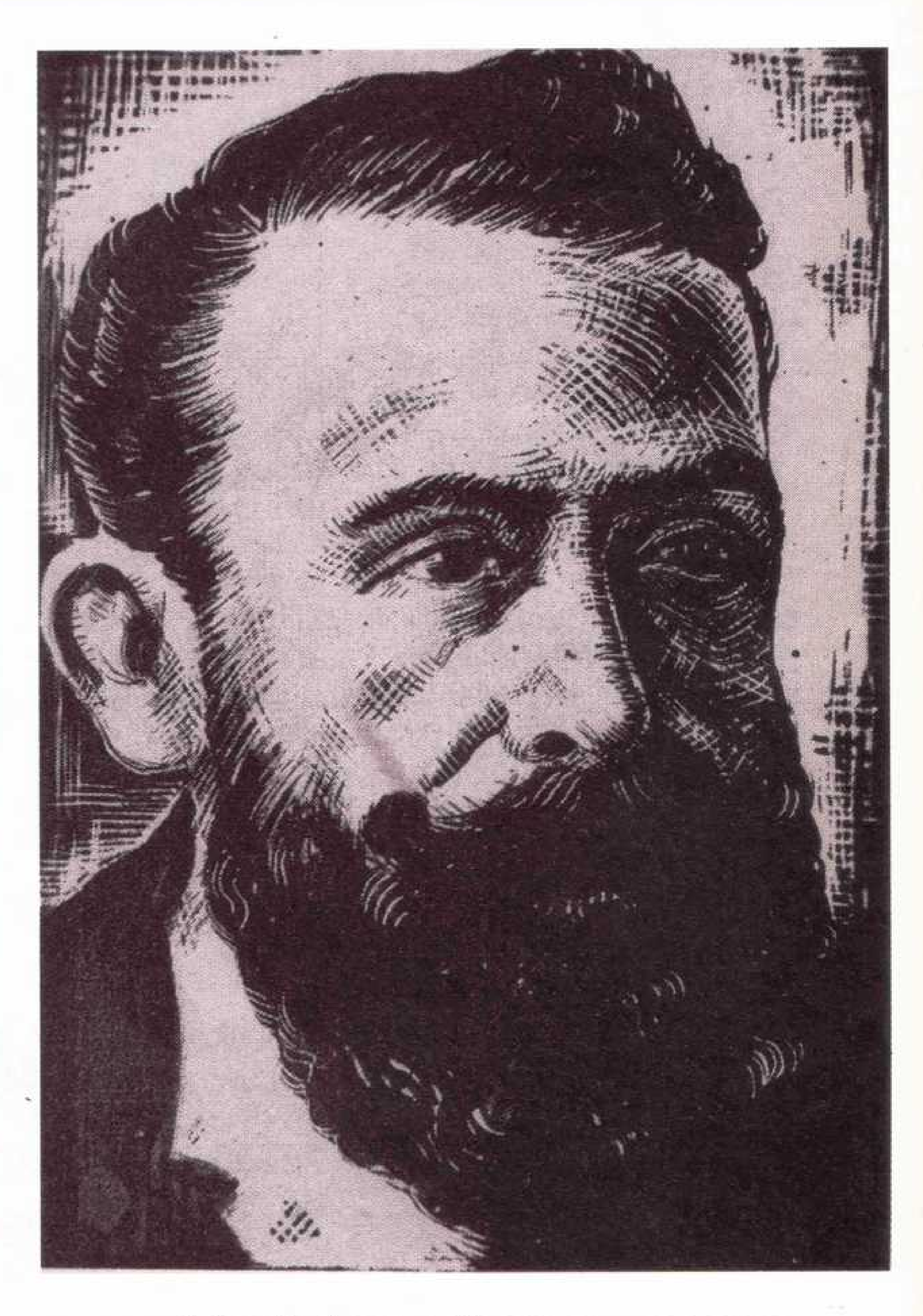
AÑO I. MADRID, 12 DE MARZO DE 1886. NUM. 1.

EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

... por trimestre: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; ... Otros países, 1,75. Venta: Paquete de 30 números, ... peseta. Los pagos se efectuarán en sellos de comunicaciones, ... caso se certificará la carta, ó en letras de fácil cobranza.	APARECERÁ LOS VIERNES Redacción y Administración: Hernán-Cortés, 8, pral.	Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de redacción, á Pablo Iglesias; la de administración, á Antonio Torres





brillaba con Jean Jaurés, el prestigio de intelectuales socialistas como Labriola, catedrático de la Universidad de Roma, como Franz Mehring en Alemania (sin hablar de la calidad intelectual de dirigentes como Kautsky o del Dr. Victor Adler en Viena).

Por otra parte, el Partido Socialista, de vuelta ya de su primer esfuerzo por afirmar su personalidad, entra en una etapa de contactos más cordiales con los republicanos *burgueses*, en cuyas filas tantos hombres de cultura se hallaban. Todo ello desembocó en la conjunción republicano-socialista de 1910, que llevó juntos y de la mano, a los escaños del Parlamento a personalidades tan relevantes del militantismo obrero y de la creación cultural como Pablo Iglesias y Benito Pérez Galdós; las palabras de este último, *El socialismo... por ahí está el porvenir* son muy representativas de los cambios operados en la *intelligentzia* republicana. Los profesores que dirigen secciones del Instituto de Reformas Sociales, como Adolfo G. Posada, tienen ocasión de tratar a los representantes de la Unión General de Trabajadores en dicho organismo; aquellos de la Universidad de Oviedo que ponen en marcha la Extensión Universitaria de Asturias (Rafael Altamira, Aniceto Sela, por no mentar una vez más a *Clarín*) son otros tantos ejemplos de contactos con militares obreros socialistas como Vigil, Menéndez y otros.

En el mismo Ayuntamiento de Madrid, los concejales republicanos trabarán relaciones con los primeros concejales socialistas, elegidos en 1905: Pablo Iglesias, Francisco Largo Caballero

LA LUCHA DE CLASES

SEMANARIO SOCIALISTA OBRERO

Año II

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

25 ejemplares, 75 céntimos.

APARECE LOS DOMINGOS

Redacción y Administración, Bailén, 41.

BILBAO, 28 DE ABRIL DE 1895.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Número suelto, 5 céntimos.

Manifestación Internacional de 1.° de Mayo

Arriba, izquierda, *cabecera del número 1 de* El Socialista, *aparecido el 12 de marzo de 1886.* Abajo, izquierda, *José Mesa.* Abajo, centro, *Jaime Vera.* Arriba, derecha, *cabecera de* La Lucha de Clases, *semanario socialista editado en Bilbao.* Abajo, derecha, *Pablo Iglesias*



y Rafael Ormaechea, este último abogado e historiador de indudable talento.

La difusión de una cultura socialista

Pero antes del cambio de identidad y de cualidad que supone la *llegada de los intelectuales* a las filas del socialismo, en torno a 1909-1911 (lo que coincide, como puede verse con la Conjunción, con la elección de Iglesias para el Parlamento, con el notable ascenso de afiliados a la UGT, los primeros alcaldes socialistas —Llaneza, en Mieres—, las primeras Federaciones de industria, etc,) conviene saber que el Partido Socialista contaba ya, desde diez años antes, con verdaderos intelectuales, de formación autodidacta y profesión obrera, que estaban en condiciones de hacer un esfuerzo de reflexión y de exposición en cuanto a aplicación de la teoría marxista a algunos temas de historia, economía y política. Nos referimos muy particularmente a uno de los fundadores del PSOE y de la UGT, Antonio García Quejido, y a Juan José Morato, ambos tipógrafos de profesión (con el tiempo, Morato será un verdadero trabajador intelectual y dejará una obra importante; además de sus publicaciones en la prensa fue durante muchos años la pluma socialista más leida por los lectores de diarios españoles).

De este núcleo inicial que une el esfuerzo teórico a la difusión de la cultura forma parte también Alvaro Ortiz, que fue director de la revista *La Ilustración del Pueblo,* aparecido en 1897, que

duró un año y tuvo una segunda época con el título de *La Ilustración Popular*.

En cuanto a García Quejido, primero dirigió la *Biblioteca de Ciencias Sociales* (que era una cooperativa) donde se editaron los *Principios Socialistas* de Deville y el primer tomo de *El Capital*, en su traducción del argentino Justo; en 1901 y 1902 sacó a la luz una revista, *La Nueva Era*, cuyo proyecto había ido madurando durante diez años. Esta revista publicó trabajos de Engels, Bebel, Lafargue, Jaurés y otros eminentes socialistas extranjeros... Merece también ser recordada, porque en ella se publicaron los articulos de García Quejido titulados *Del Valor en la Economía* y *La ley del salario ¿está bien formulada?* de indudable alcance teórico, puesto que desmitifican la llamada *ley del bronce de los salarios*, debida a Lassalle, recogida después por Jules Guesde (e incluso por Jaime Vera en su famoso *Informe a la Comisión de Reformas Sociales*, en neta contradicción con la teoría expuesta por Marx en *El Capital*.

Quejido había ya expuesto sus puntos de vista en un artículo publicado en *La Lucha de Clases*, en 1899, con el título de *Teoría desmentida*. Conviene recordar que, poco antes, Miguel de Unamuno habia comenzado en las páginas del mismo periódico la revisión de la *ley del bronce*.

En la misma época Morato escribió sus *Notas para la historia de los modos de producción en España*; la importancia de este trabajo reside, sobre todo, *en la voluntad de análisis*, en el deseo de pensar por cuenta propia dentro del marco del socialismo que caracteriza a estos intelectuales de origen obrero de los primeros tiempos del socialismo español. En el prólogo de este trabajo, explica Morato con toda modestia, que no tiene otra pretensión que la de redactar unas notas que puedan servir como de *hilo conductor* para quienes con más medios y competencia puedan acometer de verdad una obra de tamaño alcance.

Otra publicación esencial fue la *Revista Socialista* que publicó no solamente textos dedicados a la formación politica de los lectores (de la pluma de Kautsky, Vandervelde, Jaurés y otros) sino también de carácter cultural más general, con temas literarios, artísticos, de divulgación médicocientífica, sin olvidar los de carácter moralizante. Conviene destacar las series de Ormaechea sobre historia social en la óptica marxista. Ya fuera de ella, trabajos historiográficos tan importantes como los de Rafael Altamira.

Estas revistas, así como los extraordinarios del 1.° de Mayo de *El Socialista*, *La Lucha de Clases* y *Aurora Social* crearon un terreno de convivencia entre los socialistas y otros que no lo eran, profesionales y escritores, pero que anudaron con ellos esas afinidades a que se refería Leopoldo Alas. Así fue el caso de este gran novelista y crítico, el de Altamira y los *krausistas* de la Universidad de Oviedo (Posada, Sela, Alvarez Buylla), el de Dorado Montero y el del mismo Unamuno aún después de apartarse del Partido Socialista.

Al mismo tiempo, la idea de difusión de la cultura, que va ganando todos los medios populares y no sólo los socialistas, se emparenta más con la simple *instrucción* , que nada tiene de específicamente socialista, pero que será de los cimientos de la *utopía culturalista*, que partiendo del institucionismo y de las corrientes obreras, tanto libertarias como socialistas, constituirá la base del proyecto cultural democrático de la segunda república.

Sin duda, la Extensión Univeritaria (la de Oviedo, la más lograda), los primeros cursos dados en el Centro Obrero madrileño de la calle Relatores, a primeros de siglo, los de los primeros Centros Obreros (transformados luego en Casas del Pueblo) de Asturias y Vizcaya, los de Casas del Pueblo *lerrouxistas* de la región valenciana -con fecunda implantación libertaria- entendieron todos la difusión cultural como una transmisión didáctica de diferentes saberes que, desde luego, es difícil confundir con la cultura.

La llegada de los intelectuales

Al entrar en el segundo decenio del siglo, la Internacional tenía más prestigio que nunca, sus grupos parlamentarios de Alemania y Francia eran universalmente conocidos, pero también los de Gran Bretaña (el Labour Party existía desde 1900) e (Italia, incluso los diputados socialistas (mencheviques y bolcheviques) en la Duma Zarista. La atención internacional había sido atraída por la primera revolución rusa, la de 1905, pero lo era más todavía por el creciente peligro de guerra que llevó a la Internacional a ocuparse ampliamente del tema en sus Congresos de Sttutgart (1907), Copenhague (1910) y Basilea (1912).

El Partido Socialista Español, que tiene ya representación parlamentaria y en múltiples municipios y diputaciones provinciales, cuyos militantes dirigen importantes sindicatos, cobra mayor relieve en la vida política española y, también, en la cultural. Cuenta con la simpatía y respeto no sólo de viejas glorias como Galdós sino de otros más jóvenes como Ortega y Gasset, García Morente, Carande, Bernis, Pablo y Justino Azcárate, Posada; de otros jóvenes profesores que luego entrarán en sus filas: Julián Besteiro, Fernando de los Rios, Andrés Ovejero...

Este es el momento que en la historia del socialismo español caracterizamos como de *la llegada de los intelectuales*. Este hecho no es ajeno en buena parte al desarrollo y prestigio de la Internacional y también del PSOE, su sección española. Por otra parte, está también enmarcado por una transformación cuantitativa y cualitativa de los que podemos llamar *trabajadores de la cultura*, sin tener en cuenta otras connotaciones sociales; el aumento de número de los Institutos de segunda enseñanza y del profesorado de la misma, el paso a la categoría de funcionarios de los maestros de primera enseñanza, el mayor rigor y profesionalidad en el universitario e incluso en el periodista (que deja de ser un extraño per-



Derecha, *Miguel de Unamuno, colaborador de* La Lucha de Clases *desde 1892 a 1896*. Abajo, *Benito Pérez Galdós elegido diputado en las listas de la conjunción republicano-socialista de 1910*. Abajo, derecha, *portada del semanario madrileño* Vida Socialista, *6 de agosto de 1911*







VIDA SOCIALISTA

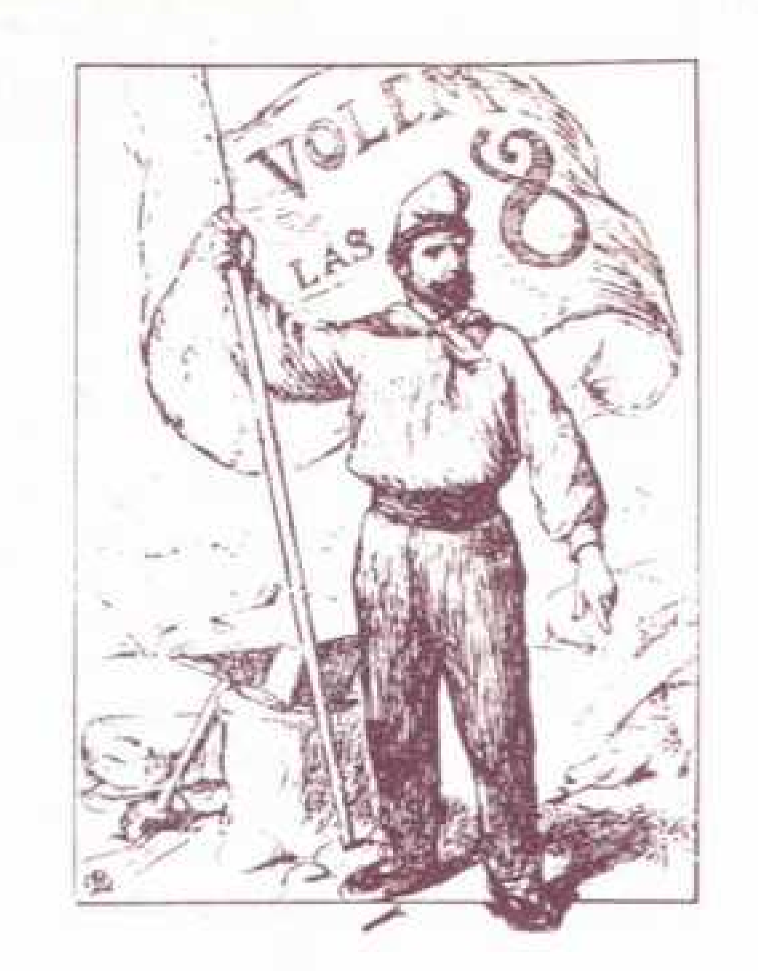
NUM. 84 | MADRID, 6 DE AGOSTO | AÑO 1911

EL NUEVO DÍA

15 céntimos.

sonaje entre hambriento y diletante).

El intelectual del segundo decenio del siglo será ya mucho más especialista, más *profesional* que sus predecesores del 98. Este *especialismo* era, en verdad, un rigor de formación y también de pricisión. Vemos como Juan Ramón Jiménez será estrictamente un poeta; Américo Castro, un historiador; Gómez de la Serna, estrictamente un escritor de vanguardia. La llamada *generación del 1914*, en la cual ya hay un núcleo socialista, no es que se contraponga a la del 98, aunque se diferencie de ella; por el contrario, ambas coinciden en el mismo *espacio histórico generacional común*, según la acertada formulación de Tierno Galván. Como ya hemos señalado, esta entrada en escena de los intelectuales habrá sido precedida a) por un esfuerzo de los militantes autodidactas, bien que centrado en aspectos teóricos del socialismo; b) por una exaltación de la difusión cultural y de la instrucción popular; y c) por un acrecentamiento notable de los lazos intelectuales y humanos entre un sector *avanzado* de profesores, escritores, juristas, médicos, pedagogos, etc. Y por los socialistas más activos o más preocupados por los temas culturales.



Se abre, sin duda, un período de mayor protagonismo intelectual en la vida pública española. El segundo decenio del siglo será el de la Liga de Educación Política, con Ortega y Azaña, el de la Escuela Nueva con Núñez de Arenas , de la revista *España* con Araquistain (y también de *El Socialista* diario), pero asimismo el período del esfuerzo de *transformismo* de intelectuales (en el sentido gramsciano del término) que lleva a cabo el partido reformista de Melquiades Alvarez, en su intento (fracasado pocos años después) de integrarse en el bloque de poder para atajar su crisis de hegemonía. Los partidos políticos del sector social dominante se plantean la necesidad de valorar los intelectuales al servicio de su causa (no sólo el reformismo, sino también el maurismo) y, como no podía por menos de ser en una época como aquella de guerras y revoluciones, la cuestión de los lazos entre obreros y trabajadores de la cultura se plantea con fuerza.

Protagonismo en el partido

Este proceso se refleja en afiliaciones al socialismo o en contactos con sus zonas más fronterizas, pero también en otro hecho que prueba un cambio de talante en el socialismo hispano; me refiero a la participación de intelectuales en sus órganos de dirección, de los que estuvieron virtualmente excluidos durante el primer cuarto de siglo de vida del partido. En octubre de 1905 se nombra el Comité Nacional que, en puridad está nombrado por la Agrupación de Madrid, con la sola excepción del presidente del partido (Pablo Iglesias); pero el hecho a destacar es que, entre los siete miembros del Comité, dos son abogados (García Cortés y Rafael G. Ormaechea) y otro, periodista (Atienza). Dos de ellos son reelegidos en el congreso de 1908. Mientras tanto Fabra Ribas ha reorganizado la Federación Socialista de Cataluña y el escritor bilbaino Tomás Meabe ha creado en 1903 las Juventudes Socialistas, que en 1906 celebran su primer Congreso.

Esta presencia intelectual en la dirección del PSOE irá en aumento en los años sucesivos; el Congreso de 1912 elige, también, para el Comité Nacional al maestro Juan Ortiz; pero destaca, sobre todo, la participación de intelectuales en ese Congreso; Fabra Ribas, Esbrí (catedrático de segunda enseñanza), Pérez Solís (ex-oficial del ejército), el veterano Jaime Vera y el joven Núñez de Arenas. Julián Besteiro ingresa ese año en el partido y en 1914 es presidente de la Agrupación de Madrid (y catedrático de Lógica en la Universidad Central).

En el congreso del PSOE de 1915, en el que coincidieron las distintas generaciones del partido, los *nuevos intelectuales* tuvieron un acusado protagonismo. Allí estuvieron Araquistain, Torralva Beci, Fabra Rivas, Núñez de Arenas, Ovejero, García Cortés, Madinaveiti a... y naturalmente Besteiro. Mucho después Andrés Saborit ha escrito: *El Congreso se reunió bajo la dirección efectiva de Julián Besteiro. Pablo Iglesias, muy delicado de salud...estaba muy compenetrado con el ilustre catedrático.*

El dictamen sobre el punto más importante del orden del día, el relativo a la guerra mundial (o *europea* como entonces la llamaban) aprobado por una gran mayoría fue redactado por Fabra Rivas, Besteiro y Araquistain.

Por último, el Comité Nacional, que a partir de entonces fue elegido por todo el Congreso y no por la Agrupación de Madrid, tuvo como presidente a Besteiro, y Araquistain fue uno de los vocales.

La Escuela Nueva

Sería prolijo e innecesario seguir enumerando hasta qué punto *la llegada de los intelectuales* cambió la fisonomía de los cuadros directivos. Esta participación de intelectuales de la que el PSOE había carecido en su primera época, planteó que, además de *la necesidad de instruirse*, podía sentirse la necesidad de una *formación con carácter socialista* este será el caso de la Escuela Nueva, la Escuela Societaria y de las numerosas Casas del Pueblo. La verdad es que nunca quedará por completo deslindada la diferencia entre *instrucción para todos* y *formación socialista,* es decir, entre la democratización de la enseñanza (programa del PSOE en 1879 y en 1918) y la transmisión de toda una cosmovisión, la socialista.





Arriba, izquierda, *Luis Araquistain*. Arriba, derecha, *Manuel Azaña*. Abajo, izquierda, *Julián Besteiro*. Abajo, derecha, *Manuel Núñez de Arenas*





Cronología

1889 *Fundación de la II Internacional en París. Italia se anexiona Somalia.*
1890 *Creación del partido socialdemócrata alemán, SPD. Caída de Bismarck y abolición de las leyes antisocialistas. Acuerdos coloniales anglogermanos.*
1891 *Congreso de la Internacional en Bruselas. Creación de la Asociación Pangermánica. Promulgación de la encíclica* Rerum Novarum.
1891 *El papa León XIII recomienda a los católicos franceses la colaboración con la República. Creación del partido socialista italiano, PSI.*
1893 *Escándalo de Panamá en Francia. Congreso de la Internacional en Zurich. Nace en Gran Bretaña el Independent Labour Party; en Polonia se forma el partido socialdemócrata.*
1894 *Aparición de los sindicatos socialistas en Francia. Inicios del* affaire *Dreyfus. Nicolás II, zar de Rusia.*
1895 *Creación en Francia de la Confederación General del Trabajo.*
1896 *Congreso de la Internacional en Londres. Derrota italiana en Adua.*
1898 *Reorganización en el extranjero del partido socialdemócrata ruso. España pierde sus últimas colonias. Aproximación anglogermana. Maurras:* nacionalismo integral.
1899 *Otto Bauer: teoría del austromarxismo. Guerra anglo-boer, hasta 1902.*
1900 *Congreso de la Internacional en París. Nuevo Código Civil en Alemania. En Londres, creación del periódico* Iskra. *Rebelión en Irlanda.*
1901 *Conferencia sindical internacional en Berlín. Eduardo VII, rey de Inglaterra. Londres organiza sus Dominios ultramarinos.*
1902 *Política laica en Francia y ruptura con el Vaticano.*
1903 *Segundo congreso, en el exilio, del partido obrero socialdemócrata ruso. El SPD alemán contra el colonialismo.*
1904 *Congreso de la Internacional en Amsterdam.* Entente cordiale *entre Francia y Gran Bretaña. Guerra ruso-japonesa.*
1905 *Primera revolución rusa. Nace la SFIO, Section Française de l'Internationale Socialiste.*
1906 *Conferencia de Algeciras. Preconstitución y reformas en Rusia. Nace en Gran Bretaña el Labour Party y en Italia la Confederazione Nazionale del Lavoro.*
1907 *Congreso de la Internacional en Stuttgart. Primera Conferencia Internacional de Mujeres.*
1908 *Crisis en los Balcanes: Austria se anexiona Bosnia. Política social en Gran Bretaña.*
1909 Semana trágica *en España.*
1910 *Congreso de la Internacional en Copenhague. Pablo Iglesias, primer diputado socialista en España.*
1911 *Guerra italo-turca. Parliament Act: liberalismo democrático en Gran Bretaña. Legislación sobre seguridad social en Alemania. Creación en España de la Confederación Nacional de Trabajadores, CNT. Crisis en Marruecos.*
1912 *Primera guerra balcánica. Parlamento democrático en Irlanda. Escisión socialista en Italia. Congreso de la Internacional en Basilea.*
1913 *Segunda guerra balcánica. Rearme del ejército alemán.*
1914 *Victoria electoral de la SFIO en Francia. Estallido de la primera guerra mundial. Asesinato de Jean Jaurés. Hundimiento del internacionalismo proletario.*

Un soldado patrulla en el interior de una iglesia incendiada en Barcelona durante la Semana Trágica



La incorporación de numerosos intelectuales a las filas del socialismo como militantes planteará lo que puede calificarse de impacto cultural en la dirección del partido; más alejados del núcleo central, se sitúan los que se quedan a nivel periférico o de simpatizantes, pero que aportarán su colaboración a la obra cultural común. Esa actividad intelectual en un dominio en que se cruzan los caminos de la reflexión cultural y del compromiso político, donde conviven intelectuales socialistas y otros que son *compañeros de camino* (expresión que entonces no se usaba) constituye un rasgo fundamental de entidades como la Escuela Nueva o la Escuela Societaria, en su mayoría jóvenes, que se habían sentido atraidos por el socialismo de la Segunda Internacional.



Tomemos, como más relevante, el ejemplo de la Escuela Nueva creada a finales de 1910 por el joven licenciado en Filosofia y Letras Manuel Núñez de Arenas en unión de varios amigos. En la historia de la difusión cultural se ha podido considerar la Escuela Nueva como una transformación cualitativa de la Extensión universitaria de los primeros años del siglo. Se va a pasar de la *instrucción* a la *formación*.

¿Cómo empezó aquella aventura político-cultural? Hubo unos primeros pasos que parecen dar la razón a quienes han dicho que había sido, al principio, una especie de sociedad fabiana. En efecto, un artículo de Rafael Urbano, publicado en *El Socialista* del 18 de diciembre de 1911, cuyas primeras líneas comentaban la visita de Anatole France a Londres y con motivo de ella se hacía historia de la *Fabien Society* inglesa, atribuía un propósito semejante al proyecto de crear un grupo de estudios sobre el socialismo que reunió *pocos años antes*, al autor (Urbano) y a Núñez de Arenas, Ortega y Gasset, Ormaechea, Bernaldo de Quirós y alguno más. Dos años después respondió Núñez de Arenas desde las mismas columnas de *El Socialista* (ya convertido en diario) y explicó así: *de aquellas reuniones salió la Escuela Nueva. Creíamos, sin embargo, los fundadores que era conveniente dar a la institución un carácter mixto de Universidad Popular y de Escuela socialista.*

En efecto, cuando el mismo Núñez de Arenas presenta la Escuela Nueva en 1910 la define como *asociación de cultura, formada por profesores y literatos, que se inspira en las necesidades y tendencias de la Casa del Pueblo, donde tiene su domicilio.* Idea todavía un tanto ambigua que dará paso a otra más *politizada* a partir de 1912, cuando Jaime Vera abre con su conferencia *la verdad social y la acción,* el curso de *Historia de las doctrinas y de los partidos socialistas,* que será clausurado por otra conferencia, la de Fernando de los Ríos (que todavía no estaba afiliado al PSOE) sobre *Los orígenes del socialismo.*

A la Escuela Nueva, que un año más tarde se autodenomina *centro de estudios socialistas,* acuden para participar en sus conferencias y debates lo mismo los socialistas (como Jaime Vera, Núñez de Arenas, Araquistain, Ovejero Besteiro, García Quejido, Fabra Ribas y otros) que los intelectuales que, sin identificarse con el socialismo marxista, admitían de buena gana el diálogo; tal es el caso de García Morente, Ortega y Gasset, Américo Castro, Manuel B. Cossío, Francisco Bernis, Adolfo Buylla y muchos más.

En resumen, en la Escuela Nueva se entrecruzan durante los últimos años del período que suele llamarse *de la Segunda Internacional* dos actitudes intelectuales fundamentales: una que, partiendo de Carlos Marx, trata de fusionar su teoría con la práctica del movimiento obrero; y otra, que es expresión de múltiples reformismos (educativos, sociales, etc) de los intelectuales liberales de la época, abiertos a un extenso pluralismo.

Y si analizamos la obra de todos aquellos hombres, sus relaciones mutuas, el conjunto de sus actividades creadoras, podemos decir que su rasgo esencial (que lo es también de los primeros decenios de *la edad de plata* de la cultura española) es la inserción de lo cultural en la totalidad social, la consideración de la cultura como un asunto de todos los hombres. En afirmar el derecho de todos al libre acceso a los bienes de cultura, activamente (en la creación y formación) y pasivamente (en el disfrute) coincidían todos aquellos hombres vinculados a la tarea cultural, lo mismo socialistas que liberales o simples demócratas.

Bibliografía

Badía, G., *Los espartaquistas,* Barcelona, Mateu, 1974. Braunthal, J., *Geschichte der Internationale* (3. vols.), Hannover, 1961-71. Claudín, F., *La crisis del movimiento obrero internacional,* París, Ruedo Ibérico, 1970. Droz, J., *Historia del socialismo,* Barcelona, Edima, 1968. Forcadell, C. y Claudín, F., *Las Internacionales obreras,* Madrid, Cuadernos de Historia 16, 1986. Gustafsson, B., *Marxismo y revisionismo,* México, Grijalbo, 1977. Haupt, G., *El historiador y el movimiento social,* Madrid, Siglo XXI, 1986. Hobsbawm, E. S., *Industria e imperio,* Barcelona, Ariel, 1977. Kriegel, A., *Las internacionales obreras,* Barcelona, Martínez Roca, 1971. Leon, P., *Historia económica y social del mundo.* Vol. V: *Guerra y crisis,* Madrid, 1979. Mommsen, W. J., *La época del imperialismo. Europa, 1885-1918,* Madrid, Siglo XXI, 1971. Pérez Ledesma, M., *El obrero consciente,* Madrid, Alianza, 1987. Renouvin, P., *La crise europeenne et la Première Guerre Mondiale,* París, PUF, 1962. Tuñón de Lara, M., *El movimiento obrero en la historia de España,* Madrid, Sarpe, 1986. VVAA, *Le Congrés manqué. L'International a la veille de la première guerre mondiale. Etudes et documents,* París, Maspero, 1965. VVAA, *Historia general del socialismo,* Barcelona, Destino, 1970. VVAA, *Historia del Marxismo,* Barcelona, Bruguera, 1981.


El agitador *(xilografía alemana de comienzos de siglo)*

La Segunda Internacional

Textos

La selección ha sido realizada por Carlos Forcadell

CUADERNOS historia 16

Resolución sobre Marruecos

LOS delegados socialistas de Francia y España, de común acuerdo, proponen al Congreso de Copenhague la siguiente resolución:

Recordando la decisión tomada en el Congreso de Stuttgart relativa a las cuestiones franco-españolas de Marruecos;

Considerando que los socialistas franceses, recientemente, han tenido que protestar contra las incursiones de ciertos generales en el territorio marroquí; que del lado español están siendo realizados preparativos militares en la hora actual, con vistas a una nueva campaña; que diariamente pesan amenazas sobre los dos pueblos y sobre Europa entera, como consecuencia de las ambiciones capitalistas,

Invita a los partidos socialistas de todos los países, especialmente a los trabajadores de Francia y España, a secundar más que nunca la acción vigorosa emprendida por los partidos socialistas de las dos naciones, acción glorificada por el heroísmo de los revolucionarios de Barcelona y de otras ciudades, y a oponerse con todo su poder a toda nueva expedición. *(Congreso de la Internacional Socialista. Copenhague, 1910.)*

En vísperas de la guerra

LA Internacional ha formulado en sus Congresos de Stuttgart y de Copenhague las reglas de acción del proletariado de todos los países para la lucha en contra de la guerra: Si una guerra amenaza con estallar, es un deber de la clase obrera de los países interesados, es un deber de sus representannes en los Parlamentos, con la ayuda del Buró Socialista Internacional, fuerza de acción y de coordinación, hacer todos los esfuerzos para impedir la guerra por los medios que les parezcan más apropiados, y que varían, naturalmente, según la intensidad de la lucha de clases y la si-



Rosa Luxemburg

Rosa Luxemburg nació, de familia alemana, en la localidad polaca de Zamosc en 1871. En 1892 participó en la creación del Partido Socialista Polaco, del que pronto se apartó debido a su índole profundamente nacionalista. Hábil organizadora, intervino en la creación de las iniciales formaciones obreras de su país y de la vecina Lituania. En 1898 se instaló en Berlín y comenzó a desplegar una gran actividad dentro del SPD. Fecunda publicista, sus escritos aparecieron sobre todo en Die Neue Zeit, *dirigida por Karl Kautsky, con quien mantuvo una larga y estrecha colaboración.*

Polemista de gran altura, Luxemburg se destacó en contra del revisionismo de Bernstein, criticado por su inspiración burguesa. También rechazó el centralismo existente en el pensamiento de Lenin. Su ansia de actividad la llevó en 1905 a participar desde Varsovia en la primera revolución rusa. Los siguientes años observan su polémica con Kautsky y el fortalecimiento de sus postulados fundamentales: la acción de masa, el derecho al voto y el más decidido antimilitarismo.

En 1914 se enfrentó a la socialdemocracia que había votado los créditos de guerra y sus actividades antibélicas la conducen una y otra vez a prisión. En 1915 fundó la Liga Espartaco —Spartakusbund—. En 1918, tras dos años de cárcel, dirigió el diario Die Rote Fahne *y pasó a formar parte de la dirección del nuevo partido comunista alemán, KPD. En enero de 1919 fue nuevamente detenida, junto a su correligionario Karl Liebknecht, y asesinada por miembros de las fuerzas de seguridad. Su obra, continuamente reeditada, es considerada como la más completa de entre las generadas por la ideología marxista en el plano teórico.*

tuación política general. En el caso de que, no obstante, estallara la guerra, es deber de ellos intervenir para hacerla cesar inmediatamente y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista.

Más que nunca los acontecimientos hacen que, para el proletariado internacional, sea una ley el dar a su acción concertada todo el vigor y la energía posibles; por una parte, la locura universal de los armamentos, al agravar la carestía de la vida, ha exacerbado los antagonismos de clase y creado en la clase obrera un insoportable malestar; ella quiere poner un término a ese régimen de pánico y de derroche; por otra parte, las amenazas de guerra, que vuelven periódicamente, son cada vez más escandalosas; los grandes pueblos europeos se ven constantemente a punto de ser lanzados unos contra otros, sin que puedan justificarse esos atentados contra la humanidad y contra la razón con el menor pretexto de interés nacional.

La crisis de los Balcanes, que ha causado ya tantos desastres, al generalizarse, se transformaría en el peligro más espantoso para la civilización y para el proletariado.

Ella sería, al mismo tiempo, uno de los escándalos más grandes de la historia por la desproporción entre la inmensidad de la catástrofe y la futilidad de los intereses que se invocan. *(Resolución del Congreso Extraordinario de la Internacional Socialista. Basilea, 1912.)*

La Unión Sagrada

NOSOTROS no hemos querido esta guerra. Los que la han desencadenado, déspotas con propósitos sanguinarios, con sueños de hegemonía universal, recibirán su castigo. No sólo el estertor de los moribundos, los clamores de los sufrimientos de los heridos subirán hasta ellos como reprobación universal, sino el

Karl Kautsky nació en Praga en 1854, en una familia de origen alemán. Joven activista del movimiento obrero, creó en 1881 —todavía en la clandestinidad— el periódico Die Neue Zeit, *órgano de expresión del socialismo germano. Las circunstancias le obligaron a trasladarse a la emigración en Zurich y Londres. En el congreso de Erfurt, 1891, participó como uno de los autores del programa que allí fue adoptado. Su interpretación dialéctica y no determinista del marxismo le convirtió en el principal defensor de una línea ortodoxa, frente al revisionismo personificado en la figura de Bernstein.*

En el verano de 1914 apoyó la política armamentista del Gobierno de Berlín, lo que le enfrentaría con los postulados pacifistas de su ex colega Rosa Luxemburg. Llegado el año crucial de 1917, entra a formar parte del Partido Socialdemócrata independiente, USPD. Sus posiciones cerradamente anticomunistas le llevaron a colaborar con los nuevos poderes surgidos en Alemania tras la derrota de 1918. Sus polémicas con Lenin, Trotsky y Bujarin son verdaderos clásicos del pensamiento de la izquierda europea de las décadas iniciales del siglo.

En 1923 se retiró de la vida pública y se instaló en Viena. Cuando los nazis tomaron el poder en Alemania abandonó la capital austriaca y pasó a vivir a su natal Praga y, más adelante, a Amsterdam. Allí murió en 1938. Su producción, viva hasta el final de su vida, es muy interesante y abundante. Su estudio es imprescindible para toda aproximación al pensamiento de la izquierda en sus momentos de estabilización como sector social organizado y activo.



Karl Kautsky

Bruce Glasier, de la delegación inglesa, dijo que el proletariado de la Gran Bretaña estaba dispuesto a cumplir al pie de la letra las decisiones de la Internacional, teniendo la seguridad de que tanto los socialistas como los tradeunionistas no dejarán en mal lugar la bandera roja. *Si el gobierno inglés no se esfuerza en trabajar por el mantenimiento de la paz* —aseguró Bruce Glasier—, *la clase obrera lo barrerá.*

Morgari, delegado del partido italiano se expresó así: *Nosotros hemos dicho ya al gobierno que no estamos dispuestos a consentir que preste su apoyo a Austria. Si no quiere oírnos, es decir, si no guarda la neutralidad más absoluta, iremos inmediatamente a la huelga general. No sé si ésta dará el resultado apetecido; pero haremos todo lo posible por que lo dé.*

Vaillant propuso que los socialistas de los pequeños países (Bélgica, Suiza, Holanda, Noruega, Dinamarca y Suecia) instaran a sus gobiernos respectivos a proponer un arbitraje para resolver los conflictos internacionales pendientes. Después de algunas observaciones de Vandervelde, se acordó que se dejara a los compañeros de las pequeñas naciones la facultad de escoger los medios que les pareciesen más apropiados para conseguir la intervención deseada. Finalmente se acordó que, con motivo del Congreso de París, se organizara una gran manifestación en favor de la paz y que, si el gobierno francés prohibiera la celebración del Congreso, el comité ejecutivo de Bruselas indicaría la localidad en que deberían reunirse los delegados de la Internacional. *(Informe confidencial de Fabra Ribas al PSOE, agosto 1914.)*

El socialdemócrata Haase al Reichstag, 1914

NOS hallamos ante la hora del destino. Las consecuencias de una política imperialista, que ha provocado un largo período de rearme mundial y agravado los conflictos de los pueblos entre sí, acaban de abatirse como una riada sobre Europa. La responsabilidad de ello recae sobre los que han dirigido esta política; por nuestra parte, la rechazamos totalmente. La socialdemocracia ha combatido con todas sus fuerzas el desarrollo catastrófico de tal política, y se ha opuesto a ella por medio de poderosas manifestaciones celebradas simultáneamente en todos los países, particularmente en los de estrecha relación con nuestros hermanos franceses. Pero su esfuerzo por salvar la paz ha sido baldío. En el presente nos hallamos ante el hecho brutal de la guerra. Nos sentimos angustiados por el horror de la invasión con que nos amenazan nuestros enemigos. Hoy no tenemos que decidirnos por o contra la guerra, sino sobre la cuestión de los medios demandados para asegurar la defensa del país... Para nuestro pueblo y su futuro de libertad, la victoria del despotismo de Rusia, ya maculada de la sangre del mejor de sus hijos, sería un acontecimiento de una gravedad incalculable. Por lo tanto, hacemos ahora lo que siempre hemos prometido hacer: a la hora del peligro no abandonaremos a nuestra patria. Al actuar así, nos sentimos al unísono con la Internacional que nunca ha dejado de reconocer el derecho de cada pueblo a la independencia y a la defensa de su territorio, al igual que nosotros condenamos toda guerra de conquista. Nosotros exigimos que, una vez asentada la seguridad de Alemania y nuestros enemigos estén dispuestos a hacer la paz, se entablen inmediatamente negociaciones y se concluya una paz que facilite la amistad con los pueblos que nos rodean. *(Según J. KUCZYNSKI, «Der Ausbruch des ersten Weltkrieges und die deutsche Sozialdemokratie», Berlín, Akademie Verlag, 1957; páginas 197-198.)*

Conoce el Patrimonio Histórico Andaluz

Ruinas de Baelo-Claudia, Cádiz



Consejería de Cultura
Dirección General de Bienes Culturales
JUNTA DE ANDALUCIA